

COMO SE LLEGA A SER PSICOLOGO

THEODOR REIK

HORME / PSICOLOGIA DE HOY

THEODOR REIK

CÓMO SE LLEGA A SER PSICÓLOGO

Prólogo por el
DR. ANGEL GARMA



EDICIONES HORMÉ S. A. E.
Distribución exclusiva
EDITORIAL PAIDOS
BUENOS AIRES

Título del original inglés:
HOW TO BECOME A PSYCHOLOGIST

Traducido por los Dres.
MARIE LANGER
EDGARDO BLUM
MARIO CARLISKY

Juncal 4649 — Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA

A mi esposa,

en prueba de amor y gratitud

INDICE

PRÓLOGO

Dr. Angel Garma

En 1952, cuando un grupo de numerosos amigos y discípulos celebró el cuadrigésimo aniversario de psicoanalista de Theodor Reik, uno de los asistentes más calificados, el Dr. Robert Lindner, de Baltimore, EE. UU., declaró que "aún si no hubiese habido un Sigmund Freud, seguiría habiendo un Theodor Reik". Lindner mismo calificó de herética a su afirmación y señaló que habló así, porque la asombrosa fertilidad creadora de Th. Reik no estaba determinada, ni limitada, por su ciencia psicoanalítica o por su actividad terapéutica, si bien era verdad que el psicoanálisis le proporcionó el campo más adecuado para el desarrollo de su genio.

La asombrosa fertilidad de Th. Reik le llevó a investigar psicoanalíticamente las profundidades del psiquismo humano en muy variados aspectos. Tanto que a los 38 años, en una ocasión, en que se paseaba con Freud por las calles de Viena, éste, después de alabarle su producción, a la vez por sus contenidos científicos, como por su estilo literario, le añadió, que estaba repartiendo su energía intelectual en demasiados temas diferentes: "Corre Ud. el peligro de una escisión de sus energías y capa-

cidades. Le puede ocurrir algo parecido a lo de los folletos populares, cuando describen que el enamorado, desengañado, monta velozmente a su caballo y sale galopando hacia los cuatro puntos cardinales".

Reik se rió y conservó profundamente en su psiquismo aquella observación de Freud. A partir de entonces trató de seguir sus investigaciones científicas hasta el final o, por lo menos, como él mismo señala, hasta algo muy cercano del final. Bajo el modelo de Freud, retardó a menudo años la publicación de algunos de sus libros.

Su interés psicoanalítico siguió siendo multiforme. En parte determinado por el hecho de no ser médico, sus investigaciones iniciales versaron sobre el psicoanálisis aplicado. En la primera, publicada en 1911, estudia los impulsos emocionales del escritor Flaubert. En el mismo año publicó otra, esta vez ya en una revista psicoanalítica, sobre el simbolismo existente en fantasías habituales de salvación de peligros mortales.

Theodor Reik nació en Viena el 12 de mayo de 1888. Su padre, aunque procedía de una familia religiosa, era ateo apasionado y discutía a menudo con su suegro que era un ferviente talmudista. Tal ambiente infantil debió influir en que Reik se interesase muy precozmente en el estudio psicoanalítico de las religiones. Su libro *El Ritual. Problemas psicológicos de las religiones*, mereció un prólogo de Freud.

A otro de sus estudios, de contenido similar, *Los ritos de la pubertad de los salvajes*, le fue discernido por el mismo Freud el premio creado por una empresa de Budapest para investigaciones de psicoanálisis aplicado. Freud sintió alegría en comuni-

cárselo personalmente, yendo a visitarle en su modesto departamento en el cuarto piso de un edificio sin ascensor y con escalera empinada.

En dicho libro Reik demuestra que los ritos primitivos de la pubertad masculina se sintetizan en la circuncisión, que es una castración simbólica, como castigo por los deseos incestuosos y en representaciones con contenidos de los púberes siendo devorados por un monstruo.

Aquel monstruo simboliza al padre; el contenido latente de esas representaciones es la venganza de los padres contra sus hijos púberes, llenos de deseos parricidas por las prohibiciones de sus anhelos incestuosos hacia sus madres. El monstruo los devora, porque los púberes tienen deseos de devorar al padre, después de asesinarlo.

A éstas siguen otras representaciones de tipo contrario, en las que los púberes son tratados cordialmente por sus padres, lo que les impulsa a identificaciones con ellos. Los púberes son expulsados del vientre del monstruo y llevados a su aldea por un hombre de edad, sustituto paterno. Los púberes deben conducirse como si hubiesen olvidado todo tipo de conocimiento, a modo de recién nacidos.

Reik lo interpreta como tentativas de los padres para imbuir en la mente de los púberes que han nacido de ellos y no de sus madres. Están hechas con la finalidad de destruir la fijación incestuosa en la madre, que es consecutiva al embarazo, parto y lactancia. Hacerlos olvidar significa llevarlos a reprimir sus deseos incestuosos y parricidas.

El comportamiento de cordialidad hacia los padres conduce a la adoración totémica de la imagen del padre asesinado. Evoluciona y, según Reik, por

un retorno de lo reprimido, en las religiones ulteriores de dioses antropomórficos vuelve a surgir predominando la rebeldía de los hijos, los que llegan a constituir los dioses principales. Son dioses que, como castigo por su incesto con sus madres, perecen de un modo no natural. Adonis es muerto por un jabalí; Osiris esposo de su madre Isis, es asesinado por su hermano Tifón; Atis se castra a si mismo. En las narraciones mitológicas, el dolor de sus madres hace que dichos dioses resuciten y que sean equiparados a sus padres, para llegar a alcanzar la máxima adoración.

Afirma Reik que una muestra clara de esta evolución es el cristianismo. Las narraciones de los sufrimientos, muerte y resurrección de Cristo constituyen un conjunto de ritos de pubertad, en los que no falta la identificación de los púberes entre sí, realizada en una cena pascual de índole totémica.

Así como de la influencia de su padre le vino a Th. Reik su interés por el estudio científico de las religiones, de su madre derivó su interés por la música. Reik admiró intensamente a Gustav Mahler, al que escuchaba embelesado como director de la Orquesta Filarmónica de Viena. Sobre él escribió un interesante trabajo: "La melodía encantante".

Reik tuvo dos hermanos mayores varones. Señala John C. Gustin que su rivalidad hacia ellos puede aclarar la que posteriormente sintió hacia otros psicoanalistas, sobre todo hacia Hans Sachs y Otto Rank.

Desde niño fue un lector infatigable. A los 18 años, la muerte de su padre le sumió en una pobreza intensa. Compulsivamente "devoró" todas las

obras de Goethe que era muy admirado por aquél. Lo estudió luego psicoanalíticamente, dedicándole un hermoso libro: *Por qué Goethe abandonó a Federica.*

Cuando estudiaba filosofía en la universidad de Viena, Reik oyó al profesor Jodl burlarse de Freud. Esto le sirvió como indicación para leer *La interpretación de los sueños* que le entusiasmó y en 1910, teniendo 22 años, buscó conocer personalmente a Freud.

A partir de entonces asistió regularmente a las reuniones de la Asociación Psicoanalítica de Viena. Dos años después escribe su tesis doctoral, sobre el libro de Flaubert *Las tentaciones de San Antonio,* la que despertó fuerte oposición entre sus profesores por su contenido psicoanalítico. Pero tuvo que ser aprobada. Es la primera tesis psicoanalítica en la Universidad de Viena.

A los 26 años se casa con Ella, de quien estaba enamorado desde sus ocho años. Tienen un hijo, al que llamaron Arturo, en honor de Arthur Schnitzler, el médico escritor vienés que Reik admiraba mucho y sobre el cual escribió el libro *Arthur Schnitzler como Psicólogo.* Era un escritor, cuya vida, vocación y realizaciones tienen parecidos con las de Freud.

Freud ayudó repetidas veces a Reik a mejorar su situación económica, mediante subsidios o facilitándole el conseguir algún empleo, por ejemplo, en la editorial de Wilhelm Heller que había publicado *Totem y Tabú.* También le aconsejó trasladarse a Berlín para analizarse con Karl Abraham. Freud lo arregló de modo que no solamente no tuviese que pagar por este tratamiento, sino que tam-

bién Abraham le diese dinero, cada vez que lo necesitase, algo que en la actualidad resulta muy extraño. En un afán de evitar estos subsidios, Reik trataba de ahorrar hasta en las comidas y se sentía a menudo hambriento. Y bromeaba sobre ello, lo que no agradaba nada a Freud.

A lo largo de muchos años, Freud fue un mentor constante de Th. Reik y, a pedido de éste, además su crítico severo. Significativos de su relación con él con los siguientes párrafos de cartas que le dirigió: "Sin embargo, no puedo alabar su ensayo. Es demasiado burdo, mordaz y contiene una sospecha superflua" (1913). "Espero mucho de Ud. y con gusto le criticaré sin compasión, pero considero inadmisible hacer lo mismo con otros autores que no me piden tales críticas con la misma urgencia" (1914). "Una vez más su obra me parece penetrante y correcta en la interpretación. Me alegra el que Ud. recorra caminos tan recompensadores. Pero el artículo está pobremente organizado, de algún modo lleva a la oscuridad y, además, Ud. no ha tenido en cuenta suficientemente que está escrito para no psicoanalistas" (1918). "Aunque, siguiendo mi costumbre, evito pronunciar un juicio sobre una obra que acabo de leer, me atrevo a exteriorizar mi impresión que ha producido Ud. algo especialmente valioso" (1925). "Gracias por enviarme su artículo sobre "Malestar en la Cultura". Es lo mejor y lo más digno que hasta ahora he leído sobre ello" (1930).

No agradaban a Freud los ataques biliosos de Reik contra los colegas que le criticaban, ni tampoco su necesidad de castigo por sus fantasías criminales en contra de ellos. "Tal vez tenga que ven-

cer en Ud. mismo un rasgo de sentimiento de culpabilidad masoquista que le impulsa a estropearse oportunidades favorables" (1914). "No me gusta enterarme de que, por otra parte, no tiene Ud. motivos de satisfacción. Sé que está Ud. tratando de nuevo de estropearse tantas oportunidades, como le son posibles. ¡Y todo por causa de unas pocas personas, a quienes desearía matar! ¡Es demasiado arrepentimiento!... Le deseo una conciencia esclerótica y éxito rápido en sus planes inmediatos" (1915). "El cálculo es correcto, pero me apena que Ud. necesite tal terapia. Su hostilidad sobrepasa toda medida justificable, rompe las fronteras de lo permisible, estropea su presentación y entristece necesariamente a cualquiera que, como yo, se siente su amigo y aprecia mucho sus realizaciones. Es imposible que esto continúe así" (1928).

Reik fue teniente durante la Primera Guerra Mundial. Vuelto a Viena, trabajó como psicoanalista clínico hasta 1928, en que, denunciado a la policía por un paciente paranóico, fue obligado a trasladarse a Berlín, donde el ejercicio profesional era más libre. Aquel incidente llevó a Freud a escribir *El psicoanálisis profano,* y defiende la necesidad de autorizar la práctica clínica profesional del psicoanálisis también a los que no son médicos.

La presencia de Reik en Berlín me permitió realizar con él mi psicoanálisis didáctico, durante los años de 1928 a 1931 y disfrutar de sus enseñanzas y conferencias en el Instituto y Asociación Psicoanalíticos de Berlín.

En 1932 Reik volvió a Viena y luego nuevamente a Berlín, hasta que en 1934, por los desmanes del

gobierno de Hitler, tuvo que trasladarse a Holanda. Enviudó y tiempo después se casó con Marija, de la que tuvo su primera hija, Teodora.

En 1938, ayudado por uno de sus psicoanalizados, funcionario de la Embajada de los Estados Unidos, pudo emigrar a este país. Llegó a Nueva York a los 50 años, sin dinero y sin amigos, aunque con coraje suficiente para rechazar una afiliación solo aparente que le fue ofrecida por la Asociación Psicoanalítica de Nueva York, que no quiso nombrarle miembro por no ser médico.

A las dos semanas de Nueva York le nació su segunda hija, Miriam. Se apoyó emocionalmente en este feliz acontecimiento para desenvolverse como psicoanalista y tener éxito ambiental. Por eso pudo posteriormente escribir que el nacimiento de Miriam fue para él "no el comienzo del final, sino el final del comienzo".

Cuando Freud se enteró de a donde se había trasladado Reik, le expresó su sorpresa sin ambajes: "¿Qué mal viento le ha soplado hacia los Estados Unidos? Ud. ya debería conocer qué amablemente los psicoanalistas legos son recibidos ahí por nuestros colegas, para los cuales el psicoanálisis no es más que una de las sirvientes de la psiquiatría. ¿No podía Ud. haber seguido en Holanda?". Además, a pedido de Reik, Freud le envió el siguiente certificado: "Me sorprende el enterarme que el Dr. Th. Reik haya ido a los Estados Unidos, donde el hecho de que no sea médico es muy probable que interfiera con su actividad de psicoanalista. Reik es uno de los pocos maestros en psicoanálisis aplicado, como resalta sobre todo de sus primeras contribuciones, mientras que su obra posterior se refiere más

a temas de interés psicológico general. En uno y otro campo ha dado pruebas de gran inteligencia, capacidad crítica y pensamiento independiente. Cualquiera que esté interesado en el progreso de la ciencia psicoanalítica debería intentar ayudarle en la continuación de su labor".

En 1938 Reik estaba escribiendo una gran obra, sobre masoquismo, que pensaba dedicar y comentar con Freud, lo que le fue imposible por la muerte de éste.

Masoquismo en el mundo moderno (De penas, alegrías, en la edición alemana) sienta la tesis, discutible, de que no hay placer primario en el dolor o en la sumisión, sino que, por el contrario, la tendencia al placer en el masoquista es tan intensa que triunfa, aun en medio del dolor, burlándose de toda atemorización.

Al llamado por Freud masoquismo moral, Reik lo designa como masoquismo social. Lo padecen aquellos individuos, cuyas desgracias son provocadas inconscientemente por ellos mismos. Su gran número y la trascendencia de su comportamiento justifican plenamente la afirmación de que el masoquismo es la perversión más frecuente y más importante en la vida individual y colectiva.

Los libros más importantes de Th. Reik son: *El ritual, El asesino desconocido, Sorpresa y el psicoanalista, Treinta años con Freud, Masoquismo en el hombre moderno, El amor visto por un psicólogo, Psicología de las relaciones sexuales, Dogma y compulsión, Escuchando con el tercer oído, Fragmento de una gran confesión, La personalidad secreta, La búsqueda interior* y *El secreto de la montaña*.

En *Dogma y compulsión* estudia la génesis y sig-

nificado del dogma cristiano de la Trinidad, formulado en el concilio de Nicea, en el año 325. En *El secreto de la montaña* se ocupa de la revelación divina a Moisés en el monte Sinaí y de las Tablas de la Ley. Los acontecimientos grandiosos ocurridos allí los relaciona con ceremonias rituales de pubertad. Se inclina a defender la tesis de que Moisés era judío y no egipcio, como supone Freud. (Otra tesis probable es que fuese hijo de un noble egipcio y de una mujer judía de familia humilde.)

Sorpresa y el psicoanalista constituye la mejor descripción hasta la actualidad de los procesos que ocurren durante los tratamientos psicoanalíticos. Una de sus tesis importantes es la de que el descubrimiento de cualquier contenido reprimido, durante las sesiones psicoanalíticas, produce siempre una sensación de sorpresa en el terapeuta, aunque se trate de contenidos teórica y clínicamente muy conocidos, como pueden ser los del complejo de Edipo. Otro de los más hermosos capítulos de dicho libro es el que estudia la memoria y el recuerdo. El recuerdo tiende a la destrucción: lo que ha sucedido al individuo y que él no recuerda es imperecederamente activo en su psiquismo; ese pecado solamente puede desaparecer cuando se convierte en presente.

Otro de los libros más originales de Reik y en él se expresa llamativamente la independencia de su pensamiento, es *El amor visto por un psicólogo*. Merece mucho ser considerado con detención.

Para Reik amor y sexo son dos fenómenos diferentes. El sexo busca la satisfacción, mientras que el amor va en busca de bienestar. Mas bien que los sexuales son los instintos del yo, lo que condicionan la existencia del amor.

El amor se origina, cuando el yo descubre lo distante que se encuentra de las imágenes anheladas e inagualables de su ideal. El ideal del yo es lo que el individuo desearía ser copiando a otras personas que se le imponen como modelos. No pudiendo conseguirlo y con sentimiento de culpabilidad, por su incapacidad, entonces el individuo se enamora de otro, siempre que éste posea de algún modo aquellas cualidades inalcanzables.

La primera aproximación al objeto que va a ser amado toma la forma de envidia y avidez. De ahí la frecuencia del odio primordial entre personas que luego fueron profundos amantes. En Romeo y Julieta el odio aparece proyectado en los familiares; Iseo expresa claramente su deseo de matar a Tristán, antes de llegar a quererlo. Luego sufre el amor que es fundamentalmente una grandiosa formación reactiva.

Ya con amor y en posesión del objeto amado, el individuo se encuentra en el estado de bienestar del que ha conseguido su ideal del yo, aunque sea indirectamente. La insatisfacción originaria es sustituida por alegría interior, agradamiento de la personalidad y disminución de los límites del yo, sobre todo frente a la persona amada.

Pero el amor, como todas las formaciones reactivas, tiende a destruirse. Además, las exigencias contradictorias del ideal del yo no pueden ser proyectadas totalmente en el objeto. De ahí el desenamoramiento. Surgen críticas al objeto que son desplazamientos de las que primitivamente el individuo se hizo a sí mismo. De este modo se llega al estadio final del amor, nuevamente con insatis-

facción, envidia y hostilidad, como repetición, aunque en sentido inverso, del estado inicial.

La elección especial del objeto amado sirve para encubrir todas las diferencias, conscientes e inconscientes, que el yo encuentra en él mismo. Por otra parte, la meta primordial del amor no es el amar, sino la de ser amado. Solo es capaz de querer, quien ha dejado de tener la seguridad absoluta de recibir amor. Siempre, en último término, lo que se desea volver a alcanzar es el estado de ser querido por la madre, como en la infancia. Para mantener este intenso amor infantil pasivo, es por lo que el niño crea primeramente su ideal del yo, su deseo de perfección irrealizable, que luego busca en algún objeto. Enamorándose y demostrando su amor, en realidad lo que el individuo intenta es expresar al objeto como desearía que éste se condujese con él.

Conseguir de repente un gran amor o reconocimiento social produce a menudo en el indivduo una necesidad intensa de llorar. Es debido a que la situación real ha satisfecho sueños o fantasías diurnas, antes rechazadas, que el individuo, por sentimiento de culpabilidad, no se consideraba capaz de realizar, siendo esa una situación que le originó sufrimiento. Con el amor realizado se alcanzó una especie de redención del individuo que se creyó culpable.

Ante la proximidad de enamorarse, se reacciona a menudo con temor. Su causa más profunda procede de la necesidad de renunciar, cuando se ama, a la configuración del propio yo, volviendo a la situación anterior, en la que no hay límites profundos entre el yo y el ambiente, por lo menos en lo que respecta a la persona amada.

En el presente libro. *Cómo se llega a ser psicólogo,* hay tres capítulos interesantes de Reik que giran alrededor de la comprensión y psicología y la ayuda terapeútica.

Un capítulo se ocupa de lo que hace que el individuo se vuelva psicólogo y de cual es la parte de su personalidad, de su *self,* como se diría en la actualidad, que realiza la observación psicológica, obedeciendo a imperativos cronológicamente infantiles.

Otro capítulo indaga la despersonalización, como factor del desarrollo científico de la investigación psicológica. En este sentido se puede recordar *La Vida es Sueño,* en la que su protagonista, Segismundo, después de su segundo encierro, sufre un claro proceso de despersonalización, que lleva a formular agudas observaciones psicológicas sobre sí mismo y los demás.

Otro capítulo más se refiere al valor psicológico del silencio del terapeuta durante las sesiones del tratamiento. Puede ser muy discutido y rebatido, además de ser reprochado de anacrónico, pero está lleno de sugerencias profundas.

Es un libro que será disfrutado, a la vez por sus contenidos científicos y su permanente belleza literaria.

Dr. Angel Garma.

CAPITULO I

COMO SE LLEGA A SER PSICOLOGO

Señoras y señores:

Las observaciones que someto a ustedes constituyen una contribución al siguiente problema: ¿De dónde surge el interés psicológico? Esto tiene atinencia también con una de las cuestiones que nos han hecho reunirnos aquí para trabajar en común. Un problema como éste, que por su índole misma es psicológico y se halla ligado a toda la psicología tomada en conjunto, pertenece a un capítulo que debería llamarse *Prolegómenos a la ciencia del alma.* En él tocamos problemas que en vano serían buscados en los tratados y libros didácticos de psicología. Bien entendido, se trata del mismo problema de cómo se llega a ser psicólogo. No nos ocuparemos de esto en el sentido de un examen de aptitud profesional y capacidad técnica. De ninguna manera se trata aquí de una profesión, de un oficio, sino de cierta aptitud psiquica, bien definida, susceptible de una exacta descripción. De modo que ni la instrucción, ni ningún otro factor externo nos han de interesar; nuestra atención es requerida más bien por las premisas psíquicas, los motivos y los fines del psicólogo. En cada uno de ustedes nace el interés psicológico de una necesidad interior, no de móviles externos. Si alguien qui-

siera llegar a ser psicólogo solamente por causas externas, jamás llegaría a serlo. De modo que debemos entender nuestro problema a la manera de Nietzsche: "Cómo se llega a ser lo que es". Pero tampoco aportaremos aquí más que algunos elementos para la solución de este problema. No hemos de considerarlo desde todos los puntos de vista; lo presentaremos de un modo conscientemente unilateral y continuando consecuentemente desarrollos anteriores. Esto quiere decir que los factores que presentaré a ustedes, ni son los únicos, ni pretenden ser los únicos decisivos, pues también otros factores esenciales, que aquí no se analizan juegan en esto un importante papel. Presentar parcialmente una realidad no equivale forzosamente a descartar o menospreciar cualquier otro aspecto de la misma. Más de una vez nos sentimos tentados de hacer, en cuestiones científicas, la misma pregunta que solemos hacernos en la vida diaria: ¿Por qué obrar con sencillez, si nos gustan las complicaciones?

Toda la psicología científica, en tanto se le admite como ciencia reconocida, parte de la base de que su fuente primera y más importante de conocimiento es la percepción interior, cuyos resultados son inmediatos y evidentes. Aun sigue en pie el punto de vista de Wundt y de la mayoría de los psicólogos de la conciencia *(Bewusstseinspsychologen)*, quienes separan la psicología de las ciencias naturales: Esta —dicen— tiene su fundamento en la experiencia mediata, aquélla en la inmediata. El axioma de la certeza inmediata respecto de los procesos psíquicos ocupa el primer lugar en todo compendio serio de psicología. Pertenece al número de

aquellas cosas evidentes que toda persona culta entiende en el acto, sin lugar a ninguna duda. Pueden ustedes considerarlo sin más ni menos como uno de los errores fundamentales de la psicología científica. Es una característica de tales conceptos erróneos y básicos que su fuerza de convicción sea invulnerable a toda verdad y que pueda apelar, además, a un sentimiento de respeto debido a su antigüedad. Llegamos hasta a poner enteramente en tela de juicio el que pueda subsistir una ciencia, si realmente pretende merecer este nombre, sin semejantes falsedades básicas. Carecemos, hasta el momento de toda experiencia a este respecto...

Ustedes estarán de acuerdo conmigo en que la famosa frase tallada en la entrada del templo de Delfos pierde, a la luz de esta evidencia inmediata de la percepción interna, toda su desconcertante autoridad para convertirse en una valiosa advertencia, cuyo sentido se reviste de la evidencia de todo lo interiormente percibido. El hermoso aforismo bien podría hacer juego con aquellas máximas que adornan la casa del burgués alemán como: "Adorna tu hogar" o "El propio hogar es valioso como el oro". Helo ahí convertido en el lema de la "psicología para uso doméstico" de la ciencia. El hijo de Zeus sabía lo que hacía.

Hoy ponemos en duda si, al crear su fama máxima, cruzaron por la mente del dios délfico exhortaciones tan triviales como éstas. Tal vez tuviera sólo un sentido, tan palpable y evidente para los psicólogos académicos de la antigüedad. De un dios cuyos oráculos tenían tan mala fama por lo oscuro, bien puede creerse que la inscripción de su templo

tenía un sentido más profundo y esotérico, un sentido que no podía escapar a los sabios. "Conócete a ti mismo." He aquí una de las más difíciles tareas que puedan darse, y a cuya realización se opone algo que se alza en el mismo ser del hombre; una resistencia para cuya superación hubieran de ser afrontados y dominados inusitados obstáculos.

De Descartes a Wundt la seguridad de la percepción interior tuvo el valor de un axioma, del cual parecía casi insolente atreverse a dudar. Todos ustedes saben que el psicoanálisis nos ha demostrado cuán poco evidentes son los resultados de la percepción interior y que lo psicológico no se entiende por sí mismo como lo moral. No se trata de que uno se equivoque más que otro en el conocimiento de sí mismo según el postulado de Apolo; no está en discusión la magnitud de este autoengaño. Todos nosotros tenemos que engañarnos forzosamente, porque el yo psíquico en lo esencial no es ni inmediato ni es evidente. Es por sí mismo inconsciente y poderosas fuerzas obran en nosotros mismos para preservarnos de su reconocimiento. El análisis nos ha hecho entender que precisamente allí donde termina nuestra creencia en la inmediata seguridad de las propias percepciones interiores, comienza la psicología a ser una ciencia que llega a las profundidades. Recién con esta duda se hace posible el conocimiento del alma en sus partes esenciales: *incipit psicologia*. La máxima del dios délfico no señala el comienzo sino la meta de la investigación psicológica. El τῶνζισσαυτὲ no puede valer tampoco como principio metódico.

Se lo presenta en verdad como postulado y se

ría superfluo, si solamente sirviera para señalar el camino dado ya por la naturaleza. La psicología no empieza tampoco con la autoobservación directa. Y si por un momento llegáramos a suponer lo contrario, nos hallaríamos colocados desprevenidamente, desde el comienzo mismo de nuestra tarea de investigación, frente a uno de sus más importantes problemas. Toda ciencia presupone un sujeto y un objeto, un objeto a reconocer y un yo que lo reconoce. Ahora bien: el campo de la experiencia psíquica se aparta sensiblemente de todos los demás. El objeto que hallamos en todos los otros campos de experiencia son hechos y relaciones del mundo exterior, el sujeto es el yo. Pero en la psicología el objeto sería el mundo interior, el sujeto el yo. Tenemos aquí una identidad del objeto y sujeto que sorprende en el primer instante. Esta situación singular de que el yo pueda observarse a sí mismo, implica una de las premisas primordiales de la ciencia del alma, pero simultáneamente constituye uno de sus primeros problemas. Parecía ser tan inexplicable, que se creyó oportuno considerarla como evidente y aceptarla, sin mayor reflexión, como firme postulado. Afirma Aristóteles que el asombro constituye el punto de partida de la investigación. Admitirán ustedes que la mayoría de los psicólogos han sabido mantenerse indemnes durante mucho tiempo, de afecto tan superfluo y poco comprensible.

Permítanme ustedes describir este hecho fundamental, tan sorprendente para nosotros, con las expresiones del psicólogo William James. El "yo" –afirma James– observa al "mí". La solución del

enigma de cómo el "yo" puede observar el "mi" no tiene nada de difícil. Bien claro se ve que la premisa de esta posibilidad de captar objetivamente la propia vida psíquica, debe ser la escisión del yo. La escisión del yo es lo que hace posible la psicología. Pero es también ella la que hace necesaria la psicología. Si el yo fuera indiviso no podría observarse; pero tampoco sería necesario observarse. El hecho sorprendente de que el yo pueda observarse a sí mismo resultará más comprensible si se lo retrotrae a dos hechos anteriores. Hay una época en que el yo no es todavía fuerte, independiente ni bastante desarrollado. Lo más natural para el niño en este período era proyectar al exterior la percepción inconsciente y endopsíquica de placer y displacer. La atención dirigida al exterior se adelantó a la autoobservación. También en una edad más madura la autoobservación se desenvuelve a continuación de la observación de los demás, hecho que Nietzsche formula acertadamente en la frase: "El tú es de más edad que el yo". Freud ha demostrado que la autoobservación acentuada que se manifiesta en la esquizofrenia corresponde a una regresión de la atención a la percepción interior.

Pero ningún camino directo nos llevará de aquí a la psicología introspectiva, si no se intercala un eslabón entre la observación de ajenos y la autoobservación. En la citada época primitiva del desarrollo del yo, el niño tenía que notar que "el ambiente lo observa", que es objeto de observación de parte de las personas que lo cuidan. En otras palabras: "El yo puede observar al "mi" porque ellos —él o ella— han observado anteriormente el "mi". La

atención del mundo exterior para el niño se continúa —por vía de la introyección— en la atención del niño hacia sí mismo. Esta procedencia de la autoobservación del ser observado representa una transformación de una vivencia pasiva en una reflexiva. Es éste un proceso psíquico que será de gran importancia para las premisas y el contenido de toda psicología. Resulta fácil demostrar que la autoobservación procede del ser observado. Tendremos que buscar esta comprobación allí donde la personalidad, por causas patológicas se retrotrae a un estado de pronunciada desintegración; por ejemplo en la sintomatología de las enfermedades psicóticas. En estos casos la sensación de ser observado se transforma frecuentemente en delirio de observación. En otra forma, los síntomas de la despersonalización, con su acentuada autoobservación, muestran una regresión parcial a la fase de sentirse observado. Pero no sólo en los casos patológicos se puede estudiar el origen de la autoobservación. Supongan ustedes que yo me diera cuenta en este instante, mientras les estoy hablando, de las particularidades de mi voz, de la índole de mis movimientos, de mi modo de hablar y expresarme. Este proceso psíquico sería apenas independiente del problema referente a la impresión que ejerce sobre ustedes mi hablar y lo hablado mismo. Los ingleses tienen una expresión muy significativa para este sentimiento que acaba de ser descrito: *To get selfconscious*. No acontece solamente, por cierto, cuando una o varias personas están presentes que uno se hace *selfconscious;* pero es, con mucho, el caso más frecuente. No solamente es más raro que este

sentimiento aparezca en la soledad, sino que es ya derivado y secundario. *To get selfconscious* significa sencillamente —podríamos decir— reconocer preconscientemente qué impresión hacemos a los demás.

La experiencia del propio yo en el niño, el así llamado sentimiento de la personalidad o la conciencia de sí mismo del niño, nos es todavía escasamente comprensible en su génesis: se desenvuelve, como ustedes saben, muy tarde. Lipps, Wundt y otros investigadores han indicado con razón que el uso tardío de la palabra yo nada demuestra sobre la aparición del sentimiento del yo. Nos parece, en realidad, que los sentimientos del yo aparecen anteriormente al uso de la palabra yo. Si ustedes ahora me permiten hablar en cierto modo abreviadamente, diré: La conciencia del propio yo del niño depende de la conciencia de que el mundo exterior, los padres, las personas que lo cuidan, lo observan y lo consideran como yo. Repito pues: la autoobservación no es ningún fenómeno primigenio: deriva su origen del sentimiento de ser observado. Puede suponerse asimismo que la diferencia en la forma y la intensidad de la observación podría ser de importancia para el desarrollo del sentimiento de ser observado y con eso, para el futuro interés psicológico.

Es fácilmente comprensible que el sentimiento de ser observado llega a desarrollarse bajo la influencia de la carga narcisística, a la que, a su vez, fortalece. El sentimiento de ser observado es muy cercano al de ser estimado y ser amado. Aquí halla-

mos una de las más tempranas raíces narcisísticas de la psicología, que más tarde se reconoce en la introspección.

Otro camino, que parte también de aquí, nos conduce a la heteroobservación. El sentimiento de ser observado no llegaría a constituirse sin una atención primitiva, dirigida a las personas del ambiente. De esta manera el sentimiento de ser observado delata ya el aditamento de una carga objetiva libidinosa; el niño observado tiene derecho a esperar la satisfacción de sus necesidades por la persona observadora. Otro estímulo de la transición a la libido objetiva de mayor alcance contiene además la conciencia de ser observado: El objeto extraño será amado tanto como el yo se siente querido por éste. La etapa intermedia del narcisismo, en que se opera la transformación de la libido narcisística en libido objetiva, no ha sido aún explorada a fondo. Yo propondría la denominación de narcisismo reflexivo para distinguirlo del primario. En él no hallamos más la catexis ingenua del yo infantil. El bastarse a sí mismo de la carga narcisística ya ha desaparecido en gran parte y se hace necesario el amor del mundo exterior para fortalecer la libido del yo. El amor del ambiente hacia el yo transforma el carácter del narcisismo primario y forma al mismo tiempo el puente de pasaje hacia la primera carga objetiva. Permítase indicar con una sola palabra la importancia de esta fase reflexiva del narcisismo, que ya presume un objeto, tampoco ha sido suficientemente explorada en la génesis de la homosexualidad, del masoquismo y del exhibicionismo, en la admiración de sí mismo y en la com-

pasión de sí mismo como también en ciertos rasgos de la vida sexual normal.

Los padres o las personas que cuidan del niño lo observan con sumo interés para satisfacer sus necesidades vitales, pero esta observación no se halla exenta de afecto. Los movimientos, el llanto, el grito y la risa del bebé provocan determinados sentimientos en los padres para cuya exteriorización el niño demostrará pronto una susceptibilidad bastante grande. Su memoria retiene las expresiones de alegría, de enojo, de regocijo y de reprobación de las personas que lo cuidan, y pronto aprende el niño a ligar la impresión que le producen estas reacciones con sus propios medios de expresión. Más aún, se podría creer que el sentimiento de ser observado ni siquiera podría surgir sin tal reacción del ambiente y que representaría un reflejo de la criatura, que aún no comprende claramente la conducta de los mayores.

Puesto que el sentimiento de ser observado se relaciona con ciertas reacciones del mundo exterior, comprenderán ustedes ciertamente que el niño desea experimentar solamente reacciones placenteras y trata de evitar las de displacer. Estas íntimas reacciones son especialmente importantes para el desarrollo ulterior del sentimiento de sí mismo. El niño aprende, dijimos, a evitar estas reacciones del ambiente que se presentan como desaprobación o enojo y que pueden incluso traer castigo. Esta dependencia del ambiente tiene consecuencias importantes: El ser observado, y más tarde la autoobservación, ya nunca perderán del todo la conexión de los sentimientos del yo con la crítica del mundo ex-

terior: ésta continuará luego, como autocrítica. Si el niño intenta más tarde una actitud cualquiera, como gritar, por ejemplo, y asocia a esto el recuerdo de que esta acción causa una reacción indignada del ambiente, es decir una pérdida de amor, se sentirá inhibido por este recuerdo. Ven ustedes muy bien la importancia de la introyección temprana del objeto para la génesis de la autoobservación. La psicología vuelve siempre a enseñarnos que la autoobservación lleva a la crítica de sí mismo, y todos hemos tenido la oportunidad de comprobar en carne propia, mejor dicho en nuestra propia vida psíquica, esta experiencia. Lo que agregamos es que la autoobservación ya es resultado de la crítica de sí mismo y que ésta ha derivado de una introyección del objeto. Esta última a su vez constituye en realidad la premisa indispensable para la posibilidad de la autoobservación, o en términos genéticos: es la premisa para que el sentimiento de ser observado se convierta en estímulo de la autoobservación. Tenemos, por consiguiente, este ciclo: La percepción interior inconsciente de placer y displacer es proyectada al mundo exterior y se forma una observación primitiva de los demás, una atención dirigida al mundo exterior. Esta permite hacerse consciente el ser observado, que se transforma en autoobservación por introyección del objeto. De aquí parte nuevamente la observación de objetos exteriores y la percepción interior inconsciente sirve a los fines de comparación.

Ustedes han oído decir que los psicólogos se han extrañado —y muchos de ellos ni siquiera se han extrañado— de que el yo pueda observarse a sí mis-

mo. Pero ahora sabemos quién es este yo observador: es el objeto introyectado en el yo, la madre, el padre o la *nurse*, la persona que nos ha observado en la niñez. De esta manera se comprende la escisión en dos partes de la observación endopsíquica. Se explica por la introyección de la persona educadora, en el yo; el yo que observa es el sobreviviente de la madre observadora o del padre. Seguramente asocian ustedes ahora, a raíz de este razonamiento, la génesis de la creencia religiosa en la omnisciencia de Dios, a nuestra creencia infantil de que Dios todo lo ve.

Acá se enlaza el segundo hecho subrayado por nosotros: esta autoobservación está tempranamente bajo el signo de una crítica primitiva de sí mismo, más aún parte de ahí, y esta autocrítica es la continuación de la crítica de los demás. Freud expuso en una oportunidad que la observación de los impulsos, es decir, la percepción introspectiva de las propias tendencias instintivas, desemboca finalmente en una inhibición de los impulsos. Pero queremos agregar que esta misma observación de los instintos ya es el resultado de una inhibición temprana de aquéllos. No existiría, si en la memoria no se conservaran rastros de la forma en que el ambiente reaccionaba a ciertas expresiones impulsivas con indignación, con enojo o con pérdida del amor. Permítanme ustedes volver a nuestro ejemplo concreto: si yo me hago en este momento consciente, en cierta forma, de mis movimientos y mi voz y realizo lo que se llama en inglés hacerse *selfconscious*, y este sentimiento adquiere cierta intensidad, esta reacción se acercaría rápidamente a la de con-

fusión o de embarazo; empezaría a tartamudear, aparecerían otras perturbaciones en la expresión y suponiendo que se prolongara por cierto tiempo la intensidad de este sentimiento podría llegar a tener el efecto, benévolo para ustedes, de que tuviera que desistir de hablar... Pero esto estaría relacionado, como dijimos, con la impresión de que mis razonamientos no son aceptados por ustedes con juicio benévolo, sino rechazados, porque tropiezan con una crítica negativa. Ven ustedes cómo la conciencia del yo no es realmente diferente del hacerse consciente de la posición de los demás frente al propio yo, mejor dicho, un hacerse preconsciente de esta posición y que este sentimiento es especialmente notorio cuando la crítica de los otros se hace preconsciente. Si aconteciera realmente que tal conciencia del yo tuviera como consecuencia una alteración del discurso, ustedes sacarían en conclusión que este efecto de la crítica silenciosa de ustedes ha evocado en mí un sentimiento de culpa de raíz más profunda y que con esta alteración del discurso me estoy castigando por una acción mala, que acaso no tenga con mi presente exposición más que una remota relación.

He destacado aquí que la autoobservación se halla evidentemente bajo el signo de la crítica de sí mismo, de aquella otra crítica que es una continuación de la crítica de los demás acogida en el yo. Más aún, se podría decir que la autoobservación reemplaza en gran parte la autocrítica y demuestra tener su origen en la crítica de los demás precisamente por el hecho de que aparece cuando se cree haber dado motivo a los otros para ser criticado,

Quiero aclararlo aún con otro ejemplo trivial: supongan ustedes que una dama joven, vestida con traje de baile, entra en una sala en que se encuentran algunas damas de más edad, de esas que suelen ser llamadas personas respetables, las cuales enarbolan al instante sus "impertinentes" y observan a la joven que entra con aquella atención que las damas entradas en años acostumbran a dedicar precisamente a las jóvenes compañeras de sexo que entran en una sala de baile. Creo que la recién llegada se hace en este momento *selfconscious*, consciente de su yo, porque se encuentra en el círculo anatemático de las inquisidoras, casi diría hostiles, impertinentes, de las otras damas. Quizás se pregunte la joven si su vestido no es demasiado excéntrico o demasiado escotado, si su peinado se mantiene bien, etc. La observación por parte de las otras, mejor dicho la conciencia de ser observada ha conducido inmediatamente a la autoobservación. "¿Por qué me miran así? ¿Tal vez tengo rota la media?" He aquí una forma de reaccionar tan común en las mujeres, que se podría llamar casi un automatismo.

Ustedes podrían formular fácilmente una objeción contra mi teoría de que la autoobservación tiene su origen en la observación crítica de los demás y comentar mi ejemplo anterior de la siguiente manera: sería también posible que los argumentos de este discurso fueran recibidos aquí favorablemente y reconociéndolo preconscientemente hablaría mejor y me sentiría alentado a continuar mi conferencia. Prescindo por un momento de la improbabilidad de esta suposición para destacar que tampoco esta fantástica posibilidad me ofrecería a mí la garantía

segura de un efecto resucitante, y a ustedes la posibilidad de refutar mi hipótesis. Ciertamente tal efecto es posible y fácilmente comprensible por la carga narcisística del yo. Pero consideren ustedes también el otro caso posible: que precisamente el interés benévolo me inhiba, me desconcierte y me haga tartamudear, que no me decidiera a concederme el asentimiento de ustedes y de su aplauso —pongamos, por ejemplo—, si mi necesidad de castigo inconsciente no estuviera bastante satisfecha por el ejercicio de la profesión analítica durante muchos años.

Hemos establecido hasta aquí la importancia de una de las primeras premisas del interés psicológico; pero hay otras que provienen del desarrollo psíquico del niño. Ustedes saben cómo el yo se enriquece por la introyección de los padres y cómo la crítica y magnificada personalidad del padre se perpetúa en la instancia del superyó. Es precisamente en este momento cuando surge la posibilidad de la psicología. La observación primitiva de los instintos es lo que hacíamos al comienzo: había algo que se hallaba en pugna con el ambiente y que por ello debió ser observado, controlado y dominado. Conocíamos que era este algo, y qué era aquello que quería impedir la descarga motriz de la vivencia instintiva. Pero ahora, tanto los instintos como las instancias prohibitivas permanecen desconocidos en alto grado, sustraídos a la conciencia por la represión. Ustedes saben que la represión de ciertas tendencias instintivas y de sus fines está relacionada con la desaparición del complejo edípico y qué contribución aporta el superyó al mantenimiento de la represión.

La psicología, como las otras ciencias, pueden comenzar tan sólo cuando se ha reconocido que se ignora algo que se desea saber, es decir, por la búsqueda de las causas y conexiones desconocidas de los fenómenos. Tenemos en la psicología esta situación: las fuerzas de la represión han hecho hundirse en la profundidad de un abismo gran número de instintos, sentimientos y pensamientos; al desaparecer de la superficie solamente han quedado formaciones difícilmente perceptibles de sustitutos y de reacciones, desplazamientos, y deformaciones y otros rastros admisibles para la conciencia. De esta manera la represión es la premisa de la psicología y la historia de la ciencia tiene que enfrentarse con esta notable y grotesca paradoja: la psicología, que empieza apenas con represión, que a ésta debe en el fondo su existencia, niega durante tanto tiempo el proceso de la represión. Es decir, quedaría en pie el absurdo, si no se explicara precisamente por premisas psicológicas, el que esta negación misma fuera una prueba de la eficacia de este proceso de represión. Esto es algo así como si un hombre se pusiera un antifaz y si preguntara, quién es ahora realmente. Pero este concepto no es de ninguna manera tan insensato como parece a primera vista: todos llevamos antifaces y recorremos la vida desconocidos por los demás, y desconocidos por nosotros mismos. Nuestro conocimiento del mundo exterior es realmente bastante limitado, pero nuestra ignorancia de nuestra vida interior es casi ilimitada. *Nous mourons tous inconnus.* O será algo así como si alguien jugara consigo mismo al escondite. También eso parece insensato, y sin

embargo lo hacemos constantemente como el análisis nos lo demuestra. Piensen ustedes por ejemplo, en el proceso del análisis. Se le podría representar también de la manera siguiente: el paciente, antes de someterse al análisis tenía muchos conocidos. Ahora conocerá una persona más. Es presentado a sí mismo. Con el contacto más íntimo, comienza a conocerse a sí mismo, sus defectos, sus debilidades y su historia, que en gran parte le era desconocida. La mayoría de los hombres pierden su valor al intimar con ellos. Sería bien comprensible que el paciente se dijera, de vez en cuando, en el curso de su tratamiento analítico: "Dios mío, ¡cuán frecuentemente se equivoca uno con los hombres!" Pero también otras reacciones, conocidas por el contacto con los hombres, tendrán lugar: el enfermo empieza a impacientarse consigo mismo, a enojarse consigo mismo, a discutir consigo mismo hasta que se reconcilia consigo y se decide a convivir consigo mismo con más calma y tolerancia. La comprensión adquirida en el análisis contribuye así, a que la comunión consigo mismo no sea menos sólida e insoluble que el contrato marital dentro de la sociedad católica.

Volvamos a la génesis del superyó y a su significado para la autoobservación; por ella hemos podido saber de dónde provienen los rasgos severos y críticos del superyó. Recuérdese ahora cómo la autoobservación infantil tiene su origen en el ser observado. Esta evolución prosigue en la época de la represión por la observación de los padres introyectados: El superyó observa el yo. La institución de la conciencia dará testimonio como un monumento, *aere perennius* de la introyección del padre

en el yo. Ahora reconocemos con más facilidad cómo pudo tener lugar aquella separación entre el "yo" y el "mí": el superyó ha establecido una estación propia de control que mide el extrañamiento variable entre él mismo y el resto del yo. El superyó es el verdadero móvil de nuestra investigación psicológica. No puede ser cierto lo que algunos psicólogos nos han presentado como contemplación inmediata de sí mismo —es así la hermosa frase—. Para hacer psicología hacen falta dos instancias, aun cuando se trate de introspección al estilo solitario. El superyó, la imagen primaria del padre introyectada en el yo, es la segunda de las dos. Freud ha descrito en cierta ocasión cómo el conflicto sentimental causado por la muerte de personas amadas y simultáneamente odiadas liberó la investigación psicológica. Entre la satisfacción y el dolor que lo conmovían profundamente en presencia del cadáver de la persona amada, el hombre creaba bajo el peso de su sentimiento de culpa aquellos demonios malvados, proyecciones de sus propias tendencias hostiles, causantes de su angustia.

El yo es, en primer término, un órgano de apercepción que sujeta las percepciones; es dirigido originariamente al mundo exterior e inadecuado para la percepción interior. El superyó es opuesto, como abogado del mundo interior, al yo, que lo es del mundo exterior. Es propiamente el mudo *cicerone* del dominio subterráneo de la vida psíquica. No nos debe extrañar que nuestra atención se dirija primeramente al paraje extraño y tan sólo después al silencioso guía. La participación del superyó en el origen de la psicología parte de aquí: originaria-

mente se halla ésta al servicio de aquél. Se ha dicho que nuestra ciencia psicológica tiene un pasado largo, pero una historia breve. Ustedes saben ciertamente, cuan escasamente se halla capacitado el hombre para hacer historia, pero en la medida en que podemos abarcar, en todo caso, la historia de la psicología, vemos que ésta se encuentra predominantemente bajo la influencia de representaciones religiosas y morales. En sus comienzos, la psicología debía vigilar que ninguna tendencia prohibida traspasara el umbral de la conciencia. Su atención y vigilancia sirvieron originariamente para contener tales tendencias e impulsos percibidos endopsíquicamente, para proyectarlos al exterior y reprimirlos, para asegurar el mantenimiento de la represión. Diferencia, clasifica y experimenta durante largo tiempo al servicio de los poderes de la represión. Las nociones que comprende no son más que creaciones al servicio de la represión de los instintos. De este modo el objetivo originario de la psicología no es más que el apoyo de los medios de represión en el dominio de la ciencia y con los recursos de ésta. Todavía reconocemos fácilmente este origen de la psicología en nuestras opiniones psicológicas; el idioma lo ha perpetuado. ¿Cómo caracterizamos a un hombre? Decimos, por ejemplo, que es caprichoso, obstinado, pedante. ¿No oyen ustedes resonar la voz del superyó en nuestras afirmaciones psicológicas? Ciertamente queremos observar y verificar los hechos, al margen de las opiniones convencionales y libres de afecto, pero nuestro pobre idioma nos obliga a usar palabras que expresan, hasta cierto punto, desaprobación y menosprecio en nuestras

afirmaciones científicas. Sin embargo, quisiéramos evitar estas valoraciones.

Si yo destaco de esta manera el nacimiento de la psicología del espíritu del superyó, no quiero subestimar la participación de los poderes del "ello". Siempre tenemos presente que el superyó mismo es solamente una parte especialmente diferenciada del yo. Ustedes conocen la cooperación de las fuerzas libidinosas en la génesis y en el desarrollo de la psicología, y sólo tuve la intención de seguir consecuentemente uno de los hilos de la trama. Pero ahora tenemos que recalcar que la psicología, como fenómeno de reacción, aparece a raíz de un conflicto sentimental y que el superyó, como herencia del complejo de Edipo, no deja de estar erigido sobre una base libidinosa. Como ya he tratado de demostrar en otra parte, el superyó mantiene una secreta *entente cordiale* con los poderes del "ello", cuya importancia no parece ser suficientemente apreciada por el psicoanálisis. Esta alianza demostrará especialmente su eficacia en dos direcciones: el superyó protegerá frecuentemente nuestras satisfacciones libidinosas y agresivas y las reforzará secretamente. Nunca demandaron los instintos de crueldad y sexualidad grosera de los hombres tantos sacrificios como los que se ofrendan a la así llamada virtud. Ninguna fiera es más cruel y más sanguinaria que el hombre en su delirio moral y religioso. La unión secreta entre moral e instinto, sensualidad y sentimiento de culpa crea una intensificación de la instintividad que no es igualable nunca por la sensualidad desatada y elemental. Conmovido y lleno de envidia se sentirá el hombre primitivo fren-

te a las posibilidades placenteras excepcionalmente intensificadas que Eros ha sabido derivar de la prohibición y que la más desenfrenada pasión no hubiera podido imaginar. Ustedes saben cuán reservada se mantiene la humanidad frente a las limitaciones morales y religiosas, a cuya exclusiva influencia debe, por vía de reacción, la posibilidad de la intensificación de los placeres hasta la orgía.

Ustedes me advierten que debo volver a nuestro tema. La meta de la psicología, como dijimos, es originariamente, el mantenimiento de los mecanismos de represión, pero sucede aquí algo parecido a lo que se observa en el desarrollo de la religión. Cada vez que la coacción religiosa se hace demasiado fuerte y molesta, sobreviene un movimiento reformador que modera en gran parte esa coacción o la anula del todo, partiendo precisamente de premisas religiosas. De la misma manera evoluciona la psicología hacia una ciencia cuyo fin es la superación de la represión. Se coloca, indudablemente, al servicio de tendencias opuestas al yo, pero en cierta medida queda dependiendo a pesar de eso del superyó. Porque así como el yo, sintiéndose débil, se vio obligado a recurrir en una etapa anterior, al superyó, para realizar la represión, así también ahora, ya fortalecido, recurre nuevamente a él para la abolición de la represión. Ustedes pueden observar diariamente en su trabajo analítico que las mismas fuerzas que anteriormente forzaban a ciertos impulsos, sentimientos y pensamientos a la represión, se oponen como resistencia cada vez que se presenta la oportunidad de llevar lo reprimido al yo consciente. Pero es la misma instancia que produce la repre-

sión, el superyó, la que en el análisis ayuda a levantarla. Anatole France hace pronunciar a un ingenioso *abbé*, director de un seminario de curas, estas reflexivas palabras: "Tan grande es el poder de la educación teológica, que solamente ella es capaz de formar los grandes infieles: un infiel que no ha pasado por nuestras manos carece de fuerzas y de armas para el mal. Dentro de nuestros muros se aprenden todas las ciencias, incluso la del sacrilegio".

De esta manera la misma fuerza psíquica que una vez escindió la unidad del yo, ahora debe ayudar a reconstruirla. Una remoción considerable de la represión como meta de la psicología, conduce precisamente a la reconstrucción de esta unidad.

Así empezó la psicología su investigación al servicio de la censura psíquica: la estación de control de la conciencia examinó los impulsos y tendencias que volvieron de la represión. La evolución de la psicología la condujo a negar la existencia de estas tendencias reprimidas. Sería escasamente exagerado si, a esta altura de su desarrollo, la designáramos como una especie de coartada en el campo psicológico. Aquella exhortación a conocerse a sí mismo era necesaria, porque la psicología se transformó pronto en el mejor método de desconocerse a sí mismo. Muy tarde solamente volvió a recordar su misión que no es otra que la de anular la represión e investigar las desconocidas conexiones psíquicas. Si partimos de las tendencias latentes de la investigación psicológica podemos decir: empezó como método para la investigación de la conciencia, bajo el acicate del inconsciente sentimiento de culpa

surgido del complejo de Edipo, y termina como método para la investigación y el dominio de esta angustia de la conciencia.

En el curso de este estudio sobre la participación, que al superyó y a la conciencia les corresponden en el origen y en el desarrollo de la psicología, hemos tropezado nuevamente con el hecho de que el hombre vive hasta cierto grado rebasando, en dos direcciones, las condiciones básicas de su vida psíquica: negando, por un lado, sus emociones libidinosas y hostiles, y negando por otra parte, el papel que en su vida psíquica desempeñan los sentimientos procedentes del superyó. ¿Vamos a permitirnos ahora un vistazo fugaz a cierta crítica del psicoanálisis? Desde determinado sector se ha reprochado a los analistas —todos ustedes lo han experimentado—, que la destacada importancia que concedemos a la sexualidad en la vida psíquica es la emanación de un pensamiento sucio y lascivo. Por supuesto, no entraremos a considerar la esencia de esta crítica, ni tampoco la de cierta concepción, que parece reclamar al psicólogo, a quien nada humano debiera serle extraño, que se rija por el espíritu ingenuo de estos versos:

Yo soy pequeño
Mi corazón es limpio:
Nadie debe estar en él
Más que Jesús.

¿Pero no les parece extraño que no se haya querido ver todo el valor moral que ha sido necesario para la investigación profunda de lo psíquico y pa-

ra no retroceder ante hallazgos tan sorprendentes y tan en pugna con los conceptos convencionales? Creemos que es la ocasión de recordar precisamente aquí el papel del superyó, cuya eficacia hemos visto desplegarse en la inflexibilidad e intrepidez de la investigación de aquellos aspectos "peligrosos" de la vida psíquica humana.

La historia comparada de las religiones ha demostrado que fueron los mismos dioses que antes habían reinado en las tinieblas del Hades, los que más tarde ocuparon el trono de los cielos. Quien ha conmovido el Aqueronte, ha obligado también a descender a tierra a los dioses del Olimpo.

Volviendo a nuestro tema quizá sea necesario destacar el hecho de que reconocer la existencia de ciertos poderes no significa someterse a ellos ni rendirles tributo, sino llevar a cabo una política realista en el campo psicológico. Se entiende que el reconocimiento analítico y la valoración de los efectos del superyó nada tienen que ver con las opiniones de las así llamadas tendencias anagógicas ni con la psicología de Jung. Si seguimos a psicólogos de esta clase, no podemos menos que considerarnos también nosotros moralmente intachables; o, para citar las palabras de Anatole France: "No podemos escapar a la bondad divina e iremos todos al Paraíso, menos en el caso, de que no exista tal paraíso, lo cual es extraordinariamente verosímil". Más bien opinamos que el psicoanálisis podría tener el efecto de hacer más modestos a los hombres y hacerles reconocer que podrían vivir un poco mejor, si se decidieran a no exagerar, en sus opiniones, la emancipación de lo bestial y si pudieran ser más

tolerantes en sus exigencias frente al propio yo. Me inclino a la opinión optimista de que los hombres comprenderán con el tiempo, cuán poco y cuán superficialmente se diferencian del animal. Naturalmente no se me ocurre negar totalmente las diferencias que han establecido por la mentira, la religión y la sed de matanza.

Para terminar permítanme ustedes ilustrar mediante una pequeña historia, la diferencia profunda y básica que existe entre la opinión de aquella tendencia moralizante y la del psicoanálisis, frente a las instancias del superyó. Sin duda ustedes habrán seguido con gran tensión las informaciones de los diarios que relataron el desarrollo del audaz intento de subir al monte más alto de la tierra, el Monte Everest. Los tibetanos lo llaman *Tschomo-Lungma*, "Diosa Madre de la Tierra" y sostienen que la diosa cruel persigue a todos los que se acercan a ella y los empuja hacia la perdición. El frío, el aire enrarecido, las avalanchas, son en realidad muy grandes peligros, de los que han sido víctimas ya algunos de los más audaces alpinistas. Las distintas expediciones equipadas por la Sociedad Geográfica de Londres todavía no han logrado, pese a los enormes esfuerzos e indescriptibles fatigas, escalar esta peligrosa montaña. Cuando el jefe de la expedición del año 1922, general Bruce, visitó al Lama en el monasterio del valle de Rongbuk, el sacerdote no pudo expresar suficientemente su extrañeza sobre la expedición. No entendía por qué se hacían tantos esfuerzos peligrosos y costosos para subir a esta indómita montaña. El general Bruce se encontró en una situación embarazosa. ¿Cómo ex-

plicaría las intenciones de la expedición al santo hombre? Salió del paso con esta hermosa respuesta: "La expedición era en realidad una peregrinación, pues la religión de la Sociedad Geográfica ordenaba a sus creyentes visitar y venerar todas las cumbres desconocidas del mundo".

Traducción de Marie Langer

CAPITULO II

PSICOLOGIA Y DESPERSONALIZACIÓN

I

Las manifestaciones de despersonalización presentan para nosotros un doble interés que puede expresarse en pocas palabras, aunque con ello se pierda cierto grado de sutileza: el interés por la psicología de los estados de despersonalización y por las relaciones entre psicología y despersonalización. Sobre ambos temas existe ya una amplia bibliografía. Entre las obras psicoanalíticas, los trabajos de Nunberg y Schilder han contribuido valiosamente para explicar la génesis y los mecanismos de la despersonalización. Las observaciones que a continuación exponemos, son de doble índole: nuevas investigaciones sobre la despersonalización, que ponen de relieve elementos hasta ahora pasados por alto (además de correcciones y agregados a los datos que hasta la actualidad aportaron los diversos autores) y observaciones sobre las relaciones existentes entre la despersonalización y la psicología. Me permito señalar de antemano el carácter fragmentario y unilateral de esta contribución.

Por lo general se conceptúa como síntoma característico de la despersonalización el extrañamiento entre el yo y el mundo exterior. El extrañamiento

aparece también en otras enfermedades, pero el alejamiento de la despersonalización es específico, poniéndose de manifiesto en determinadas formas típicas, en cuya descripción concuerdan todos los investigadores. Naturalmente existen dentro de los cuadros típicos variaciones individuales, pero el que ha visto numerosos casos de despersonalización o, más aún, sólo ha estudiado detenidamente la bibliografía, no puede sustraerse a la impresión de la uniformidad de los síntomas capitales. Pueden demostrarse fácilmente variaciones de grado y colorido en la despersonalización. El extrañamiento ligero y fugaz no se diferencia más que por grados de la profunda perturbación de la autoconciencia. Por una prolongada observación se llega fácilmente a la convicción de que los síntomas, que en los casos graves son muy pronunciados, también existen apenas esbozados en los casos leves. La despersonalización se diferencia de estados patológicos por ciertos rasgos. El enfermo no sólo observa su extrañamiento sino que también reconoce el carácter patológico, o por lo menos anormal, de este estado. No solamente comprueba que no siente alegría ni dolor, amor ni odio, sino que también se queja de este estado, percibiéndolo como un defecto. La percepción inmediata y vivaz de los sentimientos y sensaciones ha sido sustituida por una autoobservación anormalmente aumentada y de una precisión también anormal.

Iniciemos nuestro estudio tomando estos rasgos como punto de partida. Schilder y otros autores han demostrado que la investigación objetiva comprueba la integridad de la percepción en estos enfermos.

Las reacciones afectivas naturales de la mímica, postura, etc., demuestran claramente que no puede hablarse en absoluto de una carencia completa de sensaciones y sentimientos. Sin embargo, debemos dar crédito a los enfermos: reflejan en la descripción de su introspección algo verdadero, algo realmente percibido.

¿Encontramos, por consiguiente, en la despersonalización una disminución real de sensaciones y sentimientos? Sí y no. No cabe duda de que se trata de una disminución de la intensidad de los sentimientos y afectos, como también del interés vivaz dirigido al ambiente, si nos referimos a la vida anímica consciente. Pero estos estados no se basan en una disminución de las catexis afectivas, sino, por el contrario, en un aumento.

El análisis demuestra que la despersonalización es un estado psíquico particular en el cual el yo trata de sustraerse a un ataque violento o a una supremacía de determinadas vivencias. Se trata, por lo tanto, de un intento de huida del individuo frente a sentimientos y afectos para afrontar los cuales el yo no se considera suficientemente fuerte. La situación anímica, en lo que respecta a la riqueza o pobreza de sentimientos, puede caracterizarse con el ejemplo siguiente: un hombre pudiente ha escondido su dinero, quejándose ahora de la pobreza y miseria que tiene que sufrir. Podemos agregar que ha olvidado el escondite o que éste es temporariamente inaccesible. ¿No corresponde su lamento actual a los hechos? ¿No es este hombre realmente pobre? En realidad es un pobre rico.

El contraste entre una disminución consciente, ex-

presada y lamentada de la fuerza afectiva, y el conocimiento inconsciente del observador de que se trata de una reacción del yo frente a un aumento del afecto que éste no puede elaborar, tiene como consecuencia aquella "apariencia de lo falso y artificioso, difícilmente descriptible" (Schilder) que provocan las manifestaciones de la despersonalización. La experiencia analítica ha demostrado que la despersonalización siempre tiene como punto de arranque una vivencia grave o un conflicto psíquico que no puede dominarse (rehusamiento interno o externo), es decir, una vivencia que tiene como condición un excesivo despliegue de afecto. De tal manera, las manifestaciones de despersonalización se presentan con especial frecuencia y muy típicamente en un determinado estado intermedio del conflicto de ambivalencia. Veamos un ejemplo: una joven señora, que se encontraba en tratamiento analítico, oscilaba entre fuertes sentimientos hostiles conscientes y sentimientos amorosos inconscientes hacia su marido, conflicto que se exacerbó durante el análisis. Por haber sufrido excesivamente durante su matrimonio, causa por la que se separó de su marido, creía tener todos los motivos para recordarlo con odio y amargura. Pero en su inconsciente conservaba el recuerdo de la época feliz anterior al casamiento y del primer año de matrimonio. Aún amaba a su marido y deseaba vivir con él. Conscientemente existían sólo tendencias hostiles y de rechazo hacia él y sus parientes, que perturbaron grandemente el matrimonio. Agitada por sentimientos tan opuestos, había abandonado a su marido varias veces, volviendo siempre de nuevo a él.

Finalmente se separa una vez más, porque le parecía imposible la convivencia por diversas circunstancias. El aumento del conflicto que apareció durante el análisis estaba condicionado por la circunstancia que los sentimientos inconscientes se acercaban al plano consciente. A su vez fueron movilizadas todas las resistencias para evitar su irrupción hacia la conciencia. En el punto culminante de estos estados de excitación, aparece un estado de despersonalización característico, que presenta casi todos los síntomas clínicos de este padecimiento. Los elementos más patentes de los cuales se quejaba la enferma eran el extrañamiento del yo y su completa falta de interés y sentimientos.

Tanto en éste como en otros estados de despersonalización, que constituyeron el resultado de oscilaciones de ambivalencia, extraordinariamente reforzados durante el análisis, se llegó a saber que la psicogénesis de la despersonalización era codeterminada por la eficacia de mecanismos de desplazamiento y generalización. El retiro de la libido, a la cual Nunberg con razón considera como condición primordial de la despersonalización, comenzó en un momento determinado de la relación con el marido, siendo desplazada dicha libido sobre objetos y circunstancias relacionadas con éste y extendiéndose siempre más, hasta invadir por completo todos los aspectos de la vida de la enferma. Por el hecho de relacionar inconscientemente personas y objetos con su marido, llegó a desplazar su supuesta carencia de sentimientos e interés a sus niños, su hogar, sus amistades, etc. Todo le parecía estar sin contenido, sin personalidad. Ella misma no podía percibir ni

placer ni dolor. Aparentemente una autoobservación carente de afectos reemplazó a los vivaces sentimientos anteriores. Es posible estudiar la eficacia psíquica de la labor de desplazamiento y generalización en cada caso de despersonalización, durante la realización del análisis. Se llega a elaborar una gran parte de lo psicológicamente enigmático de los fenómenos de despersonalización por medio de este camino, es decir, descubriendo los mecanismos de desplazamiento y reduciendo la despersonalización a su parte medular, a las diversas vivencias de las cuales ha partido primitivamente. En esta forma llegan a adquirir importancia las relaciones asociativas y afectivas que son demostrables por la generalización de la despersonalización. Puede reconocerse como motivo de tal desplazamiento el sentimiento inconsciente: ¿qué interés puedo tener yo en esto o en lo de más allá, en tal asunto o en tal otro, si no me interesa aquello que me resulta lo más importante? Nos encontramos por primera vez con elementos psicológicos comunes entre la despersonalización y la neurosis obsesiva. La perturbación de la capacidad amatoria conduce en la neurosis obsesiva a la duda, la cual, finalmente, lo invade todo, mientras que en la despersonalización ocurre un retiro de la catexis libidinosa, que en último término se extiende a todas las personas y relaciones[1].

[1] Tengo la impresión de que hasta el día de hoy no se ha valorado suficientemente esta íntima relación de parentesco. Nuestra comprensión psicológica de la despersonalización es extraordinariamente insegura y limitada, y aún no se ha logrado en absoluto su demarcación con respecto a

La primera fase de la despersonalizacieón apareció repentina e inesperadamente, después de haber alcanzado nuestra enferma el máximo del conflicto de ambivalencia. Durante el curso del análisise tuvo varias fases de despersonalización. Era como si este estado caracterizara la inversión *(peripetia)* de los estados de excitación. Se quejaba de la carencia de todo sentimiento e interés, de su indiferencia y extrañamiento de su ambiente. El elemento psicológico central era una autoobservación en apariencia muy aguda, carente de afecto. Le daba la impresión de haberse convertido en un laboratorio de ob-

---

otras neurosis. Ni siquiera tenemos descripciones buenas, es decir, detalladas, de las manifestaciones de despersonalización, por más aclaraciones que nos suministran los casos descritos por Schilder, Nunberg, Oesterreich, etcétera.

El parecido entre el significado latente de síntomas obsesivos aislados y de síntomas de despersonalización aislados, llega muchas veces hasta detalles ínfimos. Sin una investigación analítica es imposible la comprensión de la lógica inmanente, inconsciente, común a ambos productos psíquicos. Compárese, por ejemplo, la estructura y el contenido de las oraciones siguientes, que parafrasean el sentido latente inconsciente de un grupo de síntomas obsesivos y de un grupo de manifestaciones de la despersonalización: 1) No puedo estar seguro si hoy es martes o miércoles o si el dinero es auténtico o falso, la comida buena o mala, si no sé si amo a mi mujer. 2) No es posible que yo tenga interés en si hoy es martes o miércoles, si el dinero es auténtico o falso o la comida es buena o mala si ni siquiera puedo interesarme por mi propia mujer.

La siempre repetida afirmación de una íntima relación psicológica entre la despersonalización y el histerismo es una de aquellas tradiciones sagradas, incomprensibles y falsas de los manuales de psiquiatría que siempre de nuevo nos producen profunda admiración por el potente espíritu conservador de la ciencia.

servación psicológica. Esta circunstancia permite comprender el significado dinámico afectivo y económico de los estados de despersonalización: son una especie de secreto armisticio en un conflicto de potencias psíquicas opuestas, las cuales finalmente llegan a equilibrarse. Con la prosecución y repetición del conflicto de ambivalencia en la transferencià, llegó a producirse una nueva despersonalización. Su punto de partida era la aparente falta de interés y sentimientos frente al análisis y al analista. La enferma que durante muchas semanas oscilaba entre una transferencia positiva y negativa, manifestó súbitamente que no sentía ni odio ni amor, ni respeto ni desconfianza frente a mí, sino que yo le resultaba completamente indiferente. Iniciaba la sesión analítica diciéndome con tono de aburrimiento: "Todo me resulta indiferente, todo me parece carecer de interés. Pudiera decirle ahora que lo amo o que lo odio y me resultaría igual. Es como si nada me importara". La misma indiferencia la siente con respecto a toda ocupación, toda distracción y aun con respecto a su propio padecimiento. Todo lo observa, y a sí misma con intensidad exagerada. La enferma se extraña, pues no comprende cómo es posible esto, habiendo sido agitada poco antes por sentimientos tan intensos. Otro estado de despersonalización aparece cuando las esperanzas de reunirse con su marido son frustradas por un obstáculo imprevisto e insalvable. Con anticipación a ello estaba llena de proyectos esperando ansiosamente la reunión y siendo capaz de apartar todas sus dudas. Al recibir la noticia de que por mucho tiempo sería imposible el encuentro, la desper-

sonalización se presentó bruscamente. El mecanismo de desplazamiento y generalización, ya descrito, entró nuevamente en acción. Aunque el motivo fue exterior e independientemente de su propia voluntad, posiblemente no se hubiese llegado a la despersonalización si el rehusamiento exterior no hubiese estado relacionado a la hostilidad, aún eficaz, contra su marido. La observación nos permite llegar a la conclusión de que, en general, existen relaciones íntimas entre la ambivalencia y la despersonalización, y que en primer término una inclinación hacia la ambivalencia, constitucionalmente determinada y reforzada por vivencias infantiles, suministra el terreno para los estados de despersonalización. La ambivalencia naturalmente no es la única condición psicológica de la despersonalización [2]. La "oposi-

[2] La ruptura afectiva con el propio pasado, así como el proceso defensivo provocado por el acercamiento a él, o a elementos que le pertenecen, determinan condiciones psicológicas favorables para la aparición de la despersonalización. Un enfermo caía en estado de despersonalización en cuanto su yo debía aceptar una parte del pasado. Todas las veces que pensaba en su propia infancia se producía una traba afectiva *(Gefuehlssperre)* durante la cual no podía concebir que ese yo fuera el suyo mismo o se decía que ese yo sería otra persona. Una enferma, que sufrió una profunda modificación de su carácter después del fallecimiento de una hermana, demostraba durante el análisis rasgos de despersonalización cada vez que aparecían recuerdos de aquella época de la infancia. Frente a esa época se sentía como una extraña, afirmando que ese pasado no era el suyo. Otra enferma que anhelaba a determinado hombre, realizaba fantasías sexuales cuando éste se ausentaba, mostrando en cambio una despersonalización parcial cuando se encontraba ante él. La sensación de una carencia de interés y sentimientos la dominaba por completo en esta situación. Simultáneamente apa-

ción" de las vivencias, que Schilder considera como un elemento fundamental de la despersonalización, queda reducida por una observación más minuciosa, al contraste que un instinto sufre por otros o por inhibiciones exteriores. Los contrastes en el campo intelectual o perceptivo son de tipo secundario. Por consiguiente, parece que la despersonalización aparece, en circunstancias aun no bien conocidas, cuando un conflicto entre instintos de fuerza aproximadamente igual alcanza una determinada intensidad o ha durado un cierto tiempo. La inseguridad de lo expresado corresponde al actual estado de nuestros conocimientos analíticos. Quizá tenemos motivo de avergonzarnos de la limitación de

---

recía una autoobservación precisa. La despersonalización aparece en este caso en calidad de recurso, de huida de la realidad, por no poder realizarse su fantasía. El caso de una enferma americana es parecido. Caía en un estado de despersonalización mientras se encontraba en la iglesia. Durante su pubertad perteneció a una de las numerosas sectas que esperaban su salvación de la aparición de la Gracia. De buenas ganas quería ser creyente, pero sus dudas eran demasiado fuertes. Mientras esperaba inútilmente durante horas en la iglesia la aparición de la *grace*, aparecía un estado de despersonalización con autoscopia. El caso de una paciente que hacía con frecuencia compañía a su madre, gravemente enferma, sentándose al lado de su lecho, demuestra claramente la relación psíquica con la ambivalencia. La niña, de aproximadamente trece años, debía en realidad considerar como un privilegio el permiso de estar junto a la madre, pero pronto se dio cuenta que no le agradaban esos momentos y que contaba impacientemente las horas que pasaba junto al lecho de la enferma. Al darse cuenta de que tenía tales sentimientos, se asustó profundamente. Siempre que llegaba tarde para visitar a la madre, aparecía un estado de despersonalización pronunciado pero pasajero, pues desaparecía luego lentamente.

nuestro conocimiento, pero no tenemos derecho a ocultarlo. El mismo Schilder confiesa que desconocemos los elementos que conducen a que una neurosis sea dominada por el cuadro de la despersonalización[3]: "Las obras de Abraham y Nunberg que enfocan el cambio de libido *(Libidoumstellung)*, esclarecen tan escasamente este punto como mis propias observaciones".

Si aceptamos que un conflicto de ambivalencia actual es una de las situaciones psíquicas fundamentales de las cuales surge la despersonalización, ésta se presenta como estado pasajero de interferencia de dos tendencias anímicas opuestas de fuerza aproximadamente igual. No sería del todo malo denominar este estado como *intervalo ocupado*, parodiando otra expresión de la psicopatología. La escasez de sentimientos que aparece durante éste, debe comprenderse como una manifestación reactiva a un despliegue máximo de efectos inconscientes. Veamos un ejemplo: Supongamos que un Estado tenga deseos vehementes de incorporar a su imperio colonial un trozo de tierra transoceánica. Si otras potencias más fuertes prohiben toda acción tendiente a la incorporación de dicha porción de tierra, o se lo imposibilita la situación interior del mismo Estado, seguramente declarará su desinterés por dicha adquisición. Pero ningún político es tan inexperto para considerarla como un serio abandono del propósito. Todo el mundo sabe que se trata de una renun-

3 SCHILDER: *Entwurf su einer Psychiatrie auf Psychoanalytischer Grundlage* (Esbozo de una psiquiatría sobre bases psicoanalíticas), 1925, S. 43.

cia temporaria. La despersonalización constituye una especie de anestesia temporaria de la vida anímica. Pero tal anestesia solamente es aplicada en los casos en que debe impedirse o mitigarse un dolor [4]. Este carácter preventivo o reactivo de la despersonalización permite seguir diversos rumbos para llegar a su explicación.

II

Debe señalarse que las personas que sufren la despersonalización no solamente perciben y se quejan de modificaciones cualitativas de su vida anímica, sino también de múltiples modificaciones cuantitativas. Es posible distinguir claramente dos formas capitales, relacionadas por numerosos puntos de transición. Los enfermos afirman que a veces se encuentran alegres o tristes, pero que esta alegría no es verdadera, que la tristeza no es profunda, su enojo es superficial, sus sentimientos son de poco relieve o irreales, etc. En otros casos los pacientes se quejan de que todo sentimiento que aparece es sometido de inmediato a la autoobservación, perdiendo por ello su carácter elemental [5]. A su vez, otros pa-

[4] Esta comparación es especialmente exacta con respecto a aquellos estados de despersonalización que ciertas personas sienten en situaciones importantes o decisivas de su vida.

[5] En mujeres con anestesia y en hombres con perturbaciones de su potencia, se halla una disposición parecida relacionada con el comercio sexual. Una mujer frígida relata que se encuentra completamente indiferente durante el acto sexual, concentrándose en su autoobservación. A veces está pensando en cosas completamente insignificantes, como, por ejemplo, sus comisiones, etc. Como *pendant* masculino citaremos el

cientes señalan que han perdido la sensación de actividad que relacionamos por lo común con nuestros sentimientos e ideas. Algo piensa dentro de ellos. Algo es sentido o deseado, pero la participación interior falta. La segunda forma capital se caracteriza por la carencia completa de sentimientos, instintos e intereses, carencia sentida subjetivamente. Los enfermos afirman no percibir ni tristeza ni alegría, todo les es indiferente, etc. Sería seductor suponer que estas dos formas de la amortiguación de los afectos, inicien la percibida falta de afecto, y que estas dos etapas significarían las fases de iniciación y estado de la misma manifestación. Efectivamente se puede comprobar en una serie de casos esta sucesión. Pero el material observado resulta desfavorable para una generalización de tal hipótesis. En primer lugar debe señalarse que muchos casos sólo presentan una de ambas fases. Puede ocurrir que los enfermos no pasen de la etapa del amortiguamiento de los afectos, y en otros casos, que de entrada se inicien con la segunda etapa, la de total falta de afectos e interés. Las diferencias psicológicas de ambas formas son tan claras como sus elementos comunes. Los neurólogos revelaron hasta el día de hoy poco interés por seme-

---

caso de un enfermo con sensaciones y sentimientos poco intensos durante el acto sexual, a los que observaba agudamente. Durante el coito se comportaba en forma pasiva, no realizando ningún movimiento. No presentaba signos de participación psíquica. Nos relata durante el análisis que una prostituta, con la cual tenía relaciones, con las características que acabamos de describir, le preguntaba sarcásticamente durante el acto: *Do you want a Newspaper?*

jantes matices. En cambio, los enfermos, cuyo derecho a interesarse por sus propios estados psíquicos no pueden discutirse, demostraron una excelente comprensión de las diferencias de ambas situaciones psíquicas. Un enfermo con despersonalización, que tuve oportunidad de observar pudo comprobar en sí mismo ambos estados y no los mezclaba ni los confundía en sus descripciones. Denominaba la forma caracterizada por un alejamiento y falsedad de sentimientos con autoscopia, como un estado de "mirarse u observarse a sí mismo" o, con mucha mayor exactitud, como "despersonalización de los sentimientos". La otra forma, la de completa carencia de sentimientos e interés, la designó como "rigidez de sentimientos". Efectivamente, es recomendable, tanto por motivos diagnósticos como pronósticos, diferenciar ambos estados por una terminología exacta. Podemos denominar a la primera forma, la más suave, como *détachement* (del afecto, del interés), reservando el nombre de *despersonalización,* en el sentido más restringido, para el estado del segundo tipo. La necesidad de marcar el típico estado del *détachement* dentro del gran complejo sintomático de la despersonalización, resulta también de la circunstancia de que este tipo de disposición puede ser la transición entre situaciones psíquicas normales y anormales.

Conceptuando, como nosotros, la despersonalización como un mecanismo de defensa, ambas formas pueden ser explicadas sin dificultades, pues sus diferencias quedan basadas sobre la diversidad de las situaciones psíquicas que las precedieron. Expresado en otra forma: la magnitud de la reacción se ex-

teriorizará por la diferenciación de estas formas. El retiro de la libido, por ejemplo, se impondrá como reacción a un máximo de catexis de libido bajo la influencia de un rehusamiento externo. En este caso, dicha forma de carencia absoluta de interés aparecerá –en apariencia– súbitamente. El caso de la enferma que he descrito, quien consideraba imposible la convivencia con su marido, pertenece, como ejemplo, a la despersonalización en el sentido más restringido. Tal estado corresponde, comparativamente, a una caída de gran altura que tiene consecuencias más graves que una de escasa altura. Pero la reacción ante una tensión de ambivalencia aumentada también puede conducir a esta forma de despersonalización. La forma exterior que corresponde a un amortiguamiento o al *détachement,* se impondrá en los casos en que el retiro de libido no ocurre bruscamente ni en la misma medida. Esto también hace comprensible la transición de una forma a otra. Habiéndose realizado el retiro de la libido hasta un cierto grado, puede producirse un intento de nueva catexis de ésta, contra cuya catexis se alzarán obstáculos intra o extrapsíquicos. La defensa condicionada y reactivamente reforzada por ello conduciría finalmente a una ampliación e intensificación de la despersonalización. La disminución o limitación de las manifestaciones de despersonalización son signos de una nueva catexis objetal.

Puede comprenderse la índole defensiva de la despersonalización durante la explicación analítica de su génesis. Los pensamientos torturantes, contra los cuales el enfermo se defendía durante tanto tiempo con todas sus energías, ya no provocan sen-

timiento alguno. Ha sustraído el afecto exagerado a los pensamientos que antes eran su característica [6]. El enfermo oye, en cierto modo su pensar y éste se desarrolla ahora en una forma automática, como si proviniera de un disco fonográfico existente en su interior. Es evidente que no se han interpretado correctamente los mecanismos psíquicos de esta particular actividad de los pensamientos al designárselos como fuga de ideas, en el sentido corriente. Sin embargo, desde determinado punto de vista, no podría objetarse nada contra esta denominación. En realidad, deberíamos arriesgarnos a interpretar esta fuga de ideas exactamente como lo contrario de lo que los psiquiatras comprenden por ella: la fuga o la huida ante una o varias ideas.

En determinados casos se llega a una inhibición del proceso del pensar, durante el cual los enfermos se quejan de no ser capaces de pensar. La relación de este síntoma con las perturbaciones análogas de la neurosis obsesiva es patente. Una enferma que durante un período de despersonalización se daba cuenta de su falta de interés también frente a la incapacidad mencionada lo explicaba de la siguiente manera: "Es mejor que no piense, porque si no tendría que pensar demasiado". Esta enferma, de la cual ya hemos hablado antes, comprueba un buen día que ya no piensa en su marido, después de que sus pensamientos estuvieron ocupados durante meses en él. De tal manera comienza su despersonalización, que progresivamente fue desplazándose so-

[6] La semejanza entre esta posición frente a las ideas propias y la parálisis afectiva de los neuróticos obsesivos es patente.

bre el resto de sus intereses hasta tal grado, que más adelante manifiesta que no piensa nada ni "en nada" [7]. En cierta oportunidad manifestó la enferma en uno de los estados de transición entre la despersonalización y una nueva catexis objetal, que su falta de afecto o interés ya no le extrañaba, porque en estos últimos tiempos le habían ocurrido muchas cosas dolorosas. Y agrega, con esta comprensión psicológica particular, propia de este tipo de enfermos: "No sentir más nada, esto es bueno". Era especialmente fácil observar en este caso la eficacia de las tendencias de desplazamiento y generalización. Un enfermo, cuya despersonalización muy pronunciada comenzó poco después de haber recibido la noticia de que su padre estaba gravemente enfermo, mostraba simultáneamente a una total falta de interés y una extraordinaria autoobservación, que se extendía hasta los detalles más insignificantes de su actividad, aquella característica inhibición del pensar, que aparentemente le imposibilitaba para pensar. Siempre manifestaba que ni durante el análisis, en el cual se mostraba casi apático, ni fuera de él, pensaba en nada. Escuchaba en forma cortés, pero sin participar en ellas, las explicaciones para hacerle comprender la relación entre su conducta actual, aquella noticia y la disposición de su transferencia. Finalmente se logró la irrupción al ceder el enfermo a mi presión en determinado sentido. Le propuse, aplicando un consejo de Freud, que dijese aquello que menos le interesara, lo más absurdo o lo más traído por los cabellos. La contestación, des-

7 Las irrupciones, analíticamente demostrables, a través de este "no pensar" se referían todas al marido.

pués de un momento, fue: "El derrumbe del Imperio Chino". Posiblemente pensaba que esta asociación tan lejana me demostraría ahora claramente lo ridículo de mi intento. Sin embargo llevé a su recuerdo que él mismo me había relatado en una oportunidad que su padre estuvo durante largo tiempo en la China como médico joven, apareciendo allí los primeros síntomas del padecimiento que más adelante se agravara tanto. Después de esto la despersonalización disminuyó rápidamente durante la elaboración analítica de la ambivalencia, aumentada en forma actual. La relación entre la despersonalización y las manifestaciones obsesivas se ponen también de manifiesto en otra forma, durante el análisis de las quejas del despersonalizado. Una enferma de Schilder mencionaba, para demostrar su carencia de sentimientos, entre otras cosas, que en su estado actual no sentiría los menores celos, aunque su marido besara en su presencia a cien mujeres. Después de vencer la extrañeza que causa esta abnegación, que por lo común no es propia de esposas amantes, hubiese sido fácil adivinar que en la génesis de la despersonalización debía haber tenido un papel importante la defensa de sentimientos de celos. Tanto en el análisis de los enfermos obsesivos como en el de los despersonalizados se pone de manifiesto que una queja, o comprobación hecha al pasar, o entre otras, contiene la idea fundamental que conducirá a la explicación de las causas y motivos del padecimiento.

III

Presenta ciertas dificultades deslindar las manifestaciones de la despersonalización de otros estados parecidos. Así, por ejemplo, el duelo patológico y aun el normal presentan en ciertas fases de su evolución determinados aspectos que pueden denominarse despersonalización. La tensión de ambivalencia que está en el fondo del duelo, explica el parecido de estas fases con las de la despersonalización. Pero los rasgos típicos de la despersonalización no están representados uniformemente en estos estados psíquicos. Según los casos se encuentra en segundo plano el sentimiento de extrañamiento, la carencia de sentimientos y sensaciones, o la autoobservación. Pero a pesar de esto la relación existente entre las manifestaciones de la despersonalización no puede negarse. Es difícil pasar por alto el parentesco psicológico entre los fenómenos de la despersonalización y los padecimientos neuróticos obsesivos y maníacodepresivos, por grande que sea la diferencia de los cuadros sintomáticos. Determinados casos de estados obsesivos presentan la misma aparente carencia de sentimientos, la misma autoobservación tan enormemente aumentada y la misma inhibición del pensar. Aparece en ellos también la sensación de la escisión del yo, la ausencia del índice de actividad de las tendencias y sentimientos. Aquí, como en la psicología de los procesos maníacodepresivos, el conflicto de ambivalencia se reconoce como el centro psicológico del cual irradian estas manifestaciones tan extrañas. En otros casos, a su vez,

existe una serie de rasgos semejantes a los de la despersonalización, pero de los cuales se diferencian siempre en alguna forma, reconociéndose dicha diferencia psicológica a pesar de una amplia coincidencia. Ahora bien, sin más, podemos suponer que algunas manifestaciones pueden ser achacadas a la despersonalización misma, encontrando cabida sólo dentro de la estructura de las neurosis. Debe aceptarse que en la mayoría de las neurosis se hallan rasgos de despersonalización, uniéndose íntimamente con otros grupos sintomáticos, de manera que su clara separación, por el momento, sólo puede ser un deseo, un norte, muy útil de alcanzar. Es asombroso lo poco que se presta la naturaleza al esfuerzo del hombre, para hacer clasificaciones.

Con justa razón se llamó la atención sobre el hecho de que la falta de afecto e interés en la despersonalización no es completa y que los enfermos presentan todos los síntomas de auténticas percepciones y sentimientos. Me parece que se ha valorado demasiado poco otros dos rasgos. La queja sobre la carencia de sentimientos es en sí un sentimiento. Sea cual fuere la forma en que se piensa sobre la amplitud y naturaleza de los afectos conservados, no puede negarse que el alejamiento del yo del mundo exterior, o sea el contraste con la disposición anterior, es sentido vivamente por el enfermo. Está claro que los enfermos deploran la diferencia con la vida anímica anterior, oponiéndose vivamente a su actual situación psicológica. La modificación que notan en sí y en sus relaciones con el mundo exterior no son registradas de ninguna manera en forma objetiva,

como pareciera ocurrir al observar superficialmente las cosas, sino que es sentida dolorosamente. La queja sobre la despersonalización señala una parte de sentimientos conservados, y no menos el vehemente deseo, conservado en la mayor parte de los casos, de percibir nuevamente los sentimientos con la vivacidad antigua. Si uno escucha lo que dicen los enfermos se recibe la impresión de que ellos desean sentir sea lo que fuere, o desean sentir con la vivacidad y fuerza anteriores. La observación analítica demuestra fácilmente que los enfermos, ante todo quieren sentir amor y que los demás sentimientos son anhelados en el grado en que son capaces de conferir al individuo la capacidad amatoria. También en estos casos se impone al analista el parecido con los mecanismos psíquicos de la neurosis obsesiva.

El segundo factor demasiado poco explorado y observado, es el especial papel de la autoobservación, así como su relación con la vida instintiva y afectiva en la despersonalización. Esta autoobservación sirve, en primer término, para establecer la propia carencia de aspiraciones y afectos, así como para establecer o registrar las diferencias entre las situaciones psíquicas actuales y pasadas. Lo peculiar de ella es que parece encontrarse en lugar de los afectos o haberse apoderado, por lo menos, de una gran cantidad de la energía psíquica que antes pertenecía a sentimientos y emociones conscientes. Ella no estaba presente antes en grado muy pronunciado, pero desempeña ahora uno de los papeles más importantes de la vida anímica y parece haber consumido

los afectos [8]. Pero si la autoobservación se ha colocado en el lugar de las pulsiones instintivas y de los afectos, debe presentar ella misma rasgos y signos deformados de las tendencias primitivas desposeídas. Según reglas analíticas fundamentales, lo que reemplaza es la continuación de lo primitivo, orientado en determinado sentido. La obsesión, lo sustraído a la propia voluntad, así como otros rasgos, revelan efectivamente que la autoobservación proviene de la vida instintiva. Más adelante discutiremos, desde otro punto de vista, un significado hasta ahora no comprendido de la autoobservación, dentro de la dinámica de la despersonalización.

Schilder y Nunberg han explicado brillantemente el significado libidinoso, el carácter narcisístico y el retiro de la libido hacia el yo, de la autoobservación. La catexis libidinosa del yo hace comprensible el retiro del interés y su orientación hacia la vida anímica propia, de la misma manera que la catexis narcisística del yo, en la hipocondría, dirige la atención sobre el propio organismo. Schilder relaciona con mucha sagacidad la despersonalización con los fenómenos hipocondríacos. La despersonalización es realmente como una hipocondría dirigida sobre los procesos de la propia vida anímica. Por otra parte, resulta evidente que, justamente en los casos de despersonalización que se reconocen sin dificultad co-

[8] La claridad con que los despersonalizados mismos juzgan sobre estos estados dinámicos, lo demuestra una manifestación de Ka al decir: "Mi personalidad normal se retira progresivamente. Es decir, toda mi energía psíquica fluye hacia la autoobservación, la cual absorbe lentamente todos los demás procesos, a los cuales primitivamente no debía más que observar".

mo estados intermedios del conflicto de ambivalencia, el odio ha sido desviado desde el mundo exterior y dirigido contra el yo. De tal manera la libido, que fue retirada del objeto, está dirigida contra el yo, en la misma forma como ocurre con las tendencias agresivas dirigidas contra el objeto, tendencias que en su mayor parte, ellas mismas, son de naturaleza libidinosa. El predominio inconsciente de una parte o de la otra de la tensión de ambivalencia será decisivo para la índole de la autoobservación en la despersonalización. En los casos en que los sentimientos amorosos sean inconscientes, la autoobservación tendrá menor agudeza e inflexibilidad, predominando el carácter narcisista sobre el de control. Las tendencias agresivas inconscientes se ponen de manifiesto por la autoobservación continua y casi torturante. Pero en todos los casos de despersonalización la autoobservación como tal ha liberado un sadismo dirigido contra el yo; tiene carácter masoquista [9]. Puede sospecharse que por el retiro de la libido de los objetos se produjo una disociación parcial de los instintos lo que hace resaltar más pronunciadamente los componentes destructivos de la vida instintiva. La participación de la actividad del instinto de muerte conduce a su vez de nuevo a la relación que une a la despersonalización con las neurosis obsesivas y las melancolías. El sentimiento de culpabilidad del neurótico obsesivo y los sentimientos de insuficiencia del melancólico se acercan mucho, psicológicamente, a la sensasión de falta de sentimientos de la despersonalización. Esto se pone de

[9] En el sentido de Pascal: *Le Moi est haissable.*

manifiesto con especial claridad durante el análisis de casos fronterizos, que presentan sólo una despersonalización y que suelen ocurrir en muchas personas en determinadas situaciones. Elijo el siguiente ejemplo del análisis de una enferma con especial talento psicológico: rechazó los apasionados requerimientos amorosos de un joven que se demostró incapaz de llevar una amistad reposada, sugiriéndole que emigrara a otro país. De improviso aparece el infeliz en la casa de la joven, suicidándose delante de sus ojos. Durante esta escena, y mientras pedía telefónicamente un médico como durante todos los pequeños actos necesarios de realizar en tal situación, y durante el transporte del moribundo al cual acompañaba al hospital, ella no percibía ningún sentimiento consciente. Se extrañaba de que no presentaba ningún afecto, sino solamente una autoobservación minuciosa. Con todo esto estaban mezclados pensamientos desprovistos de afecto, en forma de monólogo, como por ejemplo: "Siempre querías tener alguna aventura especialmente extraña y excitante. Ahí la tienes. Pues entonces, ¿por qué no sientes nada?" Otros pensamientos se presentaban en forma de autorregaños, carentes de afecto, si esto puede ser llamado así· Por lo demás ella se sentía como autómata, hecho típico de la despersonalización, ejecutando mecánicamente, pero en forma precisa y adecuada, todo lo que exigía esta extraordinaria situación, permaneciendo durante un tiempo prolongado en esta especie de rigidez psíquica. No son de ninguna manera raros éste o un parecido comportamiento en aquellos momentos especialmente decesivos e importantes para su vida anímica. Pe-

ro esta despersonalización atenuada, que denominamos *détachement*, se presenta también en situaciones que no son tan violentamente trágicas como la descrita. Una enferma caía en un estado de ánimo parecido toda vez que debía rendir un examen. Ella no sentía ninguna excitación ni miedo al examen ni afecto alguno como por lo general se presenta en tales momentos. La unica sensación que tenía era la de "no estar", la de "no participar". Las respuestas las daba mecánicamente, sólo acompañadas por una sensación de ser una tercera persona que la observaba, y ella misma, simultáneamente. Si por ejemplo, escuchaba la pregunta del examinador pensaba: "Seguramente no lo sabrás". Después de haber dado la respuesta. "Fue una respuesta bien tonta la que di". Pero no estaba disgustada ni siquiera se sentía avergonzada. Todo lo que experimentaba, aparentemente quedaba absorbido por la autoobservación. Sin embargo, la atención dirigida hacia el mundo exterior no se encontraba perturbada en ninguna forma. Por lo demás, no siempre se encuentra menoscabada la atención. Más bien, al contrario, análogamente a la introspección, puede estar especialmente agudizada y ser de notable objetividad y precisión. Lo que la caracteriza es la ausencia del interés consciente y de la participación interior para los acontecimientos del mundo exterior. No debe interpertarse erróneamente a los enfermos que afirman ver a las personas que los rodean como a través de un velo o una sombra. Estas indicaciones no deben considerarse como un signo de una percepción debilitada. Tampoco deben ser desechadas como imaginación o simulación. Tienen

un sentido preciso: deben interpertarse y valorarse como expresión de una posición afectiva determinada, inconsciente frente al ambiente como veremos dentro de unos momentos.

IV

Hay pensamientos que a veces aparecen en forma indebida, a veces en forma completamente incoherente, pero que dentro de la despersonalización adquieren un considerable interés teórico y práctico. Con frecuencia son del tipo de las ideas que a veces, como llegando de un terreno lejano, irrumpen a través de la estructura de la despersonalización. Siguiéndolas analíticamente conducen siempre al nódulo etiológico de la despersonalización. Un enfermo que se encontraba en un estado de despersonalización especialmente intenso y que presentaba una fuerte carencia de afectos e interés, tenía el siguiente pensamiento, que, aparentemente, carecía de sentido. Todas las mañanas, al despertar, pensaba tres palabras, de las cuales se extrañaba: "cabeza-disparo-fin". (En alemán: *Kopf-Schuss-Schluss*). Pronunciaba estas tres palabras sin saber lo que este conjunto significaba. Le parecían carentes de sentido y extrañas cuando las pronunciaba. Pero la despersonalización había aparecido algunas semanas después de haberse convencido de la infidelidad de su mujer. Creía que desde tiempo atrás ya no la amaba, y este acontecimiento, aparentemente, no lo tranquilizaba en ninguna forma. El análisis de estas palabras, tan sin sentido, que pronunciaba, demostró que se referían a ideas inconscientes de sui-

cidio relacionadas con la decepción que le había proporcionado la mujer, aún amada, pero odiada.

Una enferma, con una marcada despersonalización, presentaba en el análisis una particularidad que llamaba la atención por ser dicha enferma de un carácter retraído. En los estados de despersonalización, durante los cuales siempre se quejaba de la carencia de sentimientos, pronunciaba, como para sí misma, frases entrecortadas que la extrañaban, y cuyo significado ignoraba. Pero no se encontraba de ningún modo ausente. Las frases aparecían simplemente ya terminadas y surgían en su pensamiento, en apariencia sin relación ni preparación, como Palas Atenea de la cabeza de Zeus. Estaba siempre sorprendida de lo que expresaba, no presentando frente a estas frases otro sentimiento más que el de asombro y extrañeza. Ella hacía resaltar la sensación de completa pasividad frente a estos pensamientos, la aceptación de ellos sin ningún efecto y el asombro, así como la autoobservación, que acompañaba a todo esto. Comparaba sus pensamientos con los signos trazados sobre una banda telegráfica que se va desarrollando mecánicamente. La comparación es excelente. Señala también aquella parte del yo inconsciente eliminada, del cual parten los pensamientos. Las frases que pronunciaba, tanto durante la sesión analítica como fuera de ella, con una voz carente por completo de tono afectivo, casi como registrándolas, las denominaba como "frases risibles, sin sentido" o como "palabras absurdas, incoherentes" [10]. En la época que siguió a la expresión más

[10] Siempre es digno de sospecha cuando alguien habla tan despectivamente de su capacidad intelectual, siendo que la

intensa de la ambivalencia frente a su marido, y que condujo a una despersonalización, decía aproximadamente. "Pero yo no siento lo que digo. Es como si leyese en un papel." En estas oraciones se ponía siempre de manifiesto la ambivalencia sobre la cual se basaba la despersonalización: eran en cierto modo frases de dos sentidos, uno de los cuales satisfacía los sentimientos amorosos y el otro las tendencias de odio. De tal manera decía, con absoluta carencia de tono afectivo, y una a continuación de otra: *I love him, I hate him; I want to go to the devil, I want to be helped; I want to cry, I do not want to cry. I want to feel something, I do not want to feel something.* A cada una de las oraciones, carentes de emoción, le seguía otra de sentido contrario. Al mismo tiempo se sentía vacía, sin sentimientos, "como una muñeca" [11].

Hay otro fenómeno muy parecido al de las pa-

---

tendencia general es la de supervalorar las propias manifestaciones intelectuales. El doctor Feigenbaum (Nueva York) señaló durante una conferencia en la Asociación Psicoanalítica Internacional que puede demostrarse una relación inconsciente y un sentido latente aún en las ecnosias, que consisten en hablar deliberadamente cosas sin sentido (por ejemplo durante el juego de naipes, etc.). El profesor Freud comentaba en la discusión que se desarrolló a continuación, que es muy difícil hablar conscientemente sin sentido, mientras que los libros de numerosos sabios se encontraban plagados de cosas sin sentido, **inconscientes.**

[11] Estas frases "carentes de sentido", no sólo aparecían en los estados de despersonalización. Uno de mis enfermos me relata que siendo invitado a comer en la casa de su tío, éste le pregunta si quería servirse algo más. Con gran consternación el enfermo, que en aquella época tenía 13 años, se oye decir: "Padre Nuestro que estás en los cielos, perdona nues-

labras pronunciadas y oídas sin afecto, de cuya relación psíquica con la despersonalización no cabe duda: es la sensación de mirarse y escucharse a sí mismo mientras se está hablando. La enferma antes mencionada visitó, por ejemplo, a una amiga durante uno de sus estados de despersonalización. Mientras conversaba con ella se escuchaba a sí misma y se daba cuenta que carecía de sentimientos, que nada le interesaba, ni lo que decía la amiga, ni lo que ella misma decía. Sólo sentía el *feeling of Looking on*, como ella lo denominaba. Después de algún tiempo sus palabras le parecían erróneas, la entonación falsa, su postura artificiosa y sus movimientos poco naturales. En otras oportunidades la crítica del propio yo no era tan fuerte. Pero en su lugar era muy intensa la sensación de falta de sentimientos, de carencia de interés, así como una minuciosa autoobservación a la cual no escapaba el menor detalle de su actuar y pensar. Uno de mis enfermos, al ser llamado por su padre moribundo, sentía durante el largo camino, que recorría apurado, una particular falta de sentimientos, simultáneamente con autoobservación. Se extrañaba mucho sobre esto, justo por la situación por la cual atravesaba. Mientras corría decía: "Terrible" o "Dios mío". Pero aseguraba que

---

tros pecados". Recién muchos años después, durante el análisis, llegó a saber lo que significaban estas palabras en aquella oportunidad y por qué debía decirlas justamente en aquella situación. Es evidente la relación entre estas palabras y las frases pronunciadas inconscientemente y las tendencias anímicas denominadas por mí como *obsesión de confesar (Gestaendnisszwang)*.

no sentía nada y se extrañaba por decirlo. Al desarrollo normal del trabajo de duelo corresponde, como ya hemos dicho, más o menos un estado de despersonalización parcial. En casos pronunciados este tipo de la rigidez psíquica domina la mayor parte del tiempo de duelo. Se caracteriza por el hecho de que en lugar de los intensos sentimientos que deberían experimentarse a continuación de un acontecimiento conmovedor, se advierte un vacío o frigidez afectivos. La diferencia entre la frigidez afectiva, sentida conscientemente, y el incremento afectivo, que se espera y aun exige, da una sensación penosa. Mientras que en la mayoría de los casos hay sólo extrañeza, en algunos casos esta sensación de la falta de afectos se intensifica, hasta llegar a lo insoportable, y aun hasta la desesperación. La descripción que estas personas hacen de sus procesos psíquicos no permite dudar que se trata de diferentes tipos de manifestaciones de despersonalización [12]. Se hacen comprensibles si recordamos la génesis y los mecanismos psíquicos del trabajo de duelo, que nos ha hecho conocer especialmente Freud. El trabajo de duelo se inicia con la pérdida de objeto del amor, estando principalmente bajo la influencia del conflicto de ambivalencia y de las autoacusaciones inconscientes de las personas de duelo. Con esta base puede explicarse el contraste entre el derroche afectivo esperado y la carencia afectiva. Esta disposición es tan frecuente y típica que

12 Mencionamos, como ejemplo especialmente bueno, una descripción aguda y muy característica de la despersonalización, aparecida después de la muerte de una persona querida, en el libro autobiográfico de Tolstoi, *Infancia y juventud*.

casi pudiera hablarse de una despersonalización del duelo. En realidad, naturalmente, no se trata de una carencia afectiva –tan poco como en las otras formas de despersonalización– sino del desarrollo de un complicado proceso psíquico. Durante esta despersonalización los sentimientos de duelo y dolor que aparecen al pensar en el fallecido, tienen que luchar tanto con los sentimientos de satisfacción por la muerte de éste, hasta que llegan casi a paralizarse, lo que es un juego de fuerzas difícilmente descriptible, que sólo aparentemente termina en un equilibrio anímico. La diferencia se pone claramente de manifiesto si comparamos la situación de un cuerpo movido por dos fuerzas físicas de potencialidad aproximadamente igual y que actúan en sentido contrario, con la de un cuerpo en reposo.

La introspección casi ininterrumpida de la vida anímica constituida por las propias percepciones y sensaciones, que se ha colocado en lugar de las exteriorizaciones afectivas inmediatas, presenta en estos casos, con frecuencia, un matiz conscientemente percibido como torturante y obsesivo. A este rasgo se agrega a menudo otro que no es menos desagradable: la sensación de que el ambiente espera de nosotros signos audibles o por lo menos visibles del dolor y del duelo, simultáneamente con una especie de reproche de que estos sentimientos no son sentidos, y aun menos, demostrados. Todo intento de demostrar estos sentimientos se reconoce de inmediato como falso o como calculando un efecto exterior. Desde el punto de vista analítico es fácilmente comprensible en qué forma y en qué sentido el superyó influye decisivamente sobre esta situación

psíquica. Actúa como instancia crítica dentro de la autoobservación, teniendo una participación muy importante, tanto en la génesis de la incapacidad afectiva, como también de las sensaciones penosas ligadas con ella. Finalmente, hace aparecer de nuevo, deformadas y en una proyección sobre la observación y actitud crítica del ambiente, las autoacusaciones inconscientes en base de la propia enemistad reprimida contra el fallecido. Este último fenómeno tiene carácter secundario, porque coloca una diferencia percibida introspectivamente afuera en los puntos de vista del juicio social, es decir, lo desplaza a la concepción anticipada del ambiente. La doctrina analítica de la génesis de la instancia crítica sostiene que se trata en realidad de una regresión parcial a un estado aun más temprano del desarrollo del yo. Sin embargo debe comprobarse también en esta proyección que está unida con ella, cierto alivio anímico [13].

En el curso del desarrollo de la tensión de ambivalencia, así también como en la reacción (verdadera o imaginada) a la disposición del ambiente ha-

[13] Lo primario de lo cual parten las proyecciones, son las autoacusaciones inconscientes nacidas de la hostilidad contra el muerto. En forma y disfraz particulares, las autoacusaciones aparecen también en la despersonalización del duelo. Un despersonalizado manifiesta con motivo de tal circunstancia: "Siento que debo estar muy triste, muy triste, pero no estoy triste. Naturalmente tampoco estoy alegre. No siento nada, absolutamente nada. Es como si yo fuese un trozo de madera". De otra circunstancia relata algo parecido: "Sentía que debiera enojarme ahora terriblemente, es como un deber, pero yo no sentía nada y esto era torturante". Así como en la neurosis obsesiva, también en la despersonalización parcial puede comprobarse el desplazamiento sobre un detalle que

cia la frigidez de sentimientos de la persona en duelo, puede llegarse a una disociación de instintos durante la cual la persona en cuestión se rebela contra esta forma de opinión por parte del ambiente, haciéndosele consciente en parte el verdadero carácter de su sentimiento frente al fallecido. En estos casos se llega, por lo tanto, a la eclosión de estos sentimientos latentes y durante esta rebelión se siente el primitivo amor, ocultado por la tristeza que se exterioriza y que es sentida como falsa. ("Qué saben los otros lo que yo siento.") Por otra parte, pueden llegar a hacerse conscientes la parte de odio de la ambivalencia y los reproches contra el fallecido, así como la sensación de la satisfacción por su muerte, por la disociación de los instintos. En algunos casos se ha revelado posteriormente que ocurrió un desplazamiento de los afectos, en oposición a la despersonalización y la ausencia de sentimientos intensos, relacionada con ella. Este desplazamiento deja que se descargue el afecto, con una in-

---

se impone a la persona, siendo sentido por ella como inadecuado, fuera de lugar o molesto. Durante las primeras horas de la muerte del padre, un enfermo se preocupa de cuál es la corbata que debe llevar. Simultáneamente sentía sólo extrañeza por su carencia de dolor y fuerte autoobservación. También estaba pensando que debería llevar trajes negros, si el año próximo muriese su madre. La identidad con la neurosis obsesiva en el proceso del retorno de lo reprimido se pone claramente de manifiesto por las ideas que un despersonalizado tuvo después de la muerte de un pariente cercano. Se extrañaba por su falta de sentimientos y pensaba: "¿Tampoco sentiría nada si muriese mi madre o si mi hijito enfermara gravemente?"

tensidad correspondiente a la causa, en oportunidades aparentemente indiferentes[14].

En la mayor parte de los casos de esta despersonalización del duelo, puede comprobarse un aumento de la atención dirigida hacia el exterior. Se advierte notablemente la forma en que resalta la relación del yo de las impresiones exteriores habitualmente inconscientes. En este rasgo se pone de manifiesto la conexión existente entre la naturaleza peculiar de la atención dirigida hacia el exterior propia de los despersonalizados, y su autoobservación. El paisaje no se observa desde el punto de vista objetivo o estético, sino que su imagen es enlazada solamente con los propios recuerdos y afectos. La conducta de las personas se utiliza sólo para la comparación con la propia posición y sentimientos. La parte de objetividad aparente que hemos adquirido penosamente, desaparece. Sin velo se revela lo egocéntrico, que es nuestra parte menos modificable.

V

Siempre que la despersonalización no se estacione, termina por una irrupción instintiva, demostrando también en su desenlace las bases instintivas. Las neurosis o psicosis, a las cuales precede con tanta frecuencia la despersonalización, muestran de qué tipo fueron las fuerzas anímicas cuyo avance debía ser impedido por la despersonalización. En la neu-

14 Encontramos un buen ejemplo de tal desplazamiento del duelo en *La historia de una neurosis infantil* (Obr. Comp.) de Freud que trata del duelo del enfermo por la muerte de su hermana.

rosis y psicosis lo reprimido retorna deformado después de haber vencido el baluarte de la despersonalización. El carácter psíquico, así como el desenlace de la despersonalización que hemos descrito, revelan que en ella el conflicto entre las pulsiones instintivas y las tendencias defensivas continúa, por decir, así entre bastidores, constituyendo una formación de compromiso entre ambas.

Schilder y Nunberg ya hicieron resaltar el beneficio libidinoso de la enfermedad. Ambos autores, sin embargo, omitieron señalar la satisfacción del masoquismo inconsciente que se puede observar en la despersonalización es, como ya lo indica su nombre, la pérdida advertida conscientemente de lo más valioso y vivaz de la personalidad, de sus sensaciones, sentimientos y tendencias instintivas o, por lo menos, de la sensación de actividad que acompaña a estos actos psíquicos en estado normal. Puede comprobarse, sin entrar en mayores detalles, que la sensación de actividad es la expresión de una de nuestras ilusiones más tenaces. Parece que el déficit de esta ilusión es de especial importancia para aquella otra ilusión, la de la unidad de la personalidad. La observación de Nunberg es exacta cuando dice que inconscientemente es sentido y valorado como castración [15]. También en la despersonalización, se pone de manifiesto el lado femenino de la satisfacción instintiva masoquista. Toda observación analítica algo minuciosa del enfermo revela que tener con-

[15] Es notable que los propios fenómenos psíquicos pueden presentarse con el cuadro de la castración. Un enfermo describe su estado de escisión del yo diciendo que se siente "como cortado en dos".

ciencia de carecer de actividad psíquica, sentida vivamente, constituye un autocastigo inconsciente. La parálisis afectiva de la despersonalización contiene igualmente una porción de autocastigo. En algunos casos se recibe la impresión que significa un alivio para el enfermo sentirse desgraciado. Esto no puede ser verdad, pero contiene un núcleo de verdad. Lo que ocurre es que aparece una descarga psíquica cuando se logra llevar a la conciencia y a la expresión los sentimientos de displacer. En algunos casos el analista se da cuenta que los enfermos están imposibilitados de percibir conscientemente y exteriorizar su dolor por su profundo e inconsciente sentimiento de culpabilidad. El don de observación psicológica de Dostoievsky ha podido captar en oportunidades este mecanismo anímico. Así, el depravado empleado Marmeladoff, en *Crimen y Castigo*, declara que no se emborracha para alegrarse, sino más bien para poder sentir su pena y poder llorar. Esto significa, querer vencer la detención afectiva y sentir conscientemente el dolor que en él se encuentra, para librarse de él llorando. La autoobservación que es advertida penosamente, y que tiene carácter obsesivo, debe colocarse dentro del marco de la autopunición. Aunque la censura del superyó en la despersonalización no está aumentada en su rigor, como en la neurosis obsesiva, sí lo está en lo que atañe a su agudeza. También ha extendido grandemente su dominio, pues están supeditadas a ella todos los actos[16]. El automartirio que

[16] Nunberg hace la consideración de que, contrariamente a la melancolía, en la cual el yo es vencido por el ideal del yo, en la despersonalización el yo no llena las exigencias del

constituye tal autocontrol continuo, sirve para la satisfacción del masoquismo narcisista. El carácter de este masoquismo, dirigido como sadismo contra el yo, se comprende por la psicogénesis de la despersonalización. Pareciera que la conversión de los instintos *(Triebwandlung)* estuviera ligada a un desprendimiento parcial de la libido del mundo exterior y de sus objetos. Es casi como si la concentración sobre el yo no se hubiese logrado íntegramente, teniendo esto también su expresión en la conversión de los instintos en el masoquismo. Una enferma sufría en su pubertad de despersonalizaciones pasajeras, que terminaban por actos masoquistas. En una oportunidad, habiéndose quebrado el hermano una pierna, no pudo advertir dentro de sí ninguna especie de sentimiento y describía ese estado como *dum, numb, feelingless*. Pudo soportar esta situación anímica sólo durante un tiempo determinado. Se hizo progresivamente más torturante hasta que llegó a pincharse con agujas, con el propósito de sen-

ideal, sin que por esto se llegue a reacciones posteriores, como en otras formas patológicas. Esta afirmación no debe quedar sin réplica: quejarse y registrar son ya indicios de un esfuerzo para dominar una perturbación interior. Pero la autoobservación demuestra que contra el yo se dirige una cantidad de atención crítica desusada. Puede decirse que en la autoobservación el yo amenaza con anular el superyó. En este sentido la despersonalización se acerca a las "psiconeurosis narcisistas". El carácter de la autoobservación no es muy diferente del de las autoacusaciones de los melancólicos; los lamentos son en realidad autoacusaciones. La carencia de libido es percibida por los despersonalizados inconscientemente como culpa. Más arriba se ha señalado expresamente que la autoobservación, que tiene fuerza de obsesión, satisface el masoquismo moral.

tir cualquier cosa. Estando de tal manera dominada la despersonalización por el sadismo dirigido contra el yo, nunca faltan intentos de dislocar esta disposición por irrupciones sádicas hacia el exterior. En estos rasgos no sólo se reconoce regresivamente el origen del masoquismo, sino que se llega a conocer también una parte de los impulsos instintivos conservados. Recordemos que la despersonalización sólo ha invadido una parte de la personalidad. Sólo existe una despersonalización parcial, por lo menos fuera de los manuales de clínica. Es extraño que los signos instintivos sádicos, hasta el momento, no fueran objeto de atención alguna, a pesar de integrar la sintomatología de la despersonalización en forma encubierta. Y sin embargo, no pueden pasarse por alto en las descripciones que los enfermos dan de sus impresiones del mundo exterior. En la bibliografía hallamos en Heymanns, Geissler, Oesterreich, Ball y en todos los demás autores, numerosas indicaciones que orientan imperativamente en este sentido. Gottfried dice que podría matar a las personas que lo rodean como si fueran muñecos. Ka vio, en una oportunidad, durante dos o tres minutos a las personas que lo rodeaban, como máquinas. El enfermo de Ball denominaba a las personas de su ambiente en forma poco amable "cosas". Un enfermo, por mí observado, vio a todas las personas como sombras, comparándolas con las figuras del tártaro. A otro le parecían en alguna forma achatadas.

Las personas tienen la apariencia de figuras oníricas *(Krishaber)*, de fantasmas *(Deney)*, de marionetas *(Hesnard)*, de cosas *(Ball)*. Desde este momen-

to no puede dudarse que nosotros no somos más que sombras y lo vano y perecedero de la vida humana encuentra una expresión apropiada en estas descripciones. A veces hasta pudiera creerse que las denominaciones, como muñecas, marionetas o cosas, pudieran considerarse como torpes halagos al referirse a personas. Pero no puede discutirse la verdad de la manifestación. Los bufones de Shakespeare, a los cuales el poeta hace expresarse con el mayor talento, quedan de todas maneras como bufones de tipo especialmente cómico y amargo. Sólo debemos hacer resaltar que lo común en las impresiones de los despersonalizados es la desaparición de la vivacidad, en el sentido de lo vivido. Cuando los despersonalizados afirman que las personas y cosas que los rodean les parecen como muñecos, como sombras, como rodeados de velos, confusos o aun carentes de vida, es difícil dejar de ver que se trata de exteriorizaciones de deseos de muerte y hostilidad inconscientes. Schilder cree (*Medizinische Psychologie*, página 258) que las modificaciones en el cuadro perceptivo se basan en que los enfermos no reconocen sus vivencias, que son "percepciones contradichas". Se basa también en el hecho de que los enfermos ven las cosas planas, por lo cual se quejan frecuentemente. Pero esta concepción de Schilder pudiera despertar fácilmente la impresión de que se trata simplemente de procesos de la función de realidad. Sin embargo, se llega a reconocer en el análisis la hostilidad inconsciente hacia el ambiente, que los despersonalizados ocultan por sus expresiones confusas y bastante vagas. El ver chato a los objetos exteriores, es inconscientemente un equivalente del

deseo de destrucción. La impresión de la distancia y el alejamiento se encuentra en una recta en cuyo extremo se halla la fantasía del ocaso del mundo, de la esquizofrenia. En estos síntomas ha encontrado su expresión, no sólo la sustracción de libido, sino también la hostilidad inconsciente [17].

Se comprende que, cuando los despersonalizados designan a las personas que las rodean como muñecas, máquinas o sombras, no lo hacen solamente como resultado de una tendencia sádica de disminución. Seguramente también proyectan sobre ellas, inconscientemente, la sensación de la propia parálisis afectiva y falta de vivacidad. En cierto modo les confieren cualidades que perciben inconscientemente en sí mismos. Nos encontramos así en forma indirecta, con sentimientos hostiles y deseos de muerte dirigidos contra el propio yo. Este rasgo se impone al observador adiestrado analíticamente, por la elección de los términos en las descripciones típicas que los despersonalizados dan de sus estados psíquicos: "Yo no estoy aquí del todo", "yo no me siento vivo", "me parezco a mí mismo como una cosa", etc. Un enfermo de Krishaber manifestaba que era como si no existiese y una enferma de Foerster comenta: "Yo no existo ya, todo ha terminado". Un despersonalizado de mi observación se queja siem-

17 El sentimiento de culpabilidad inconsciente que corresponde a esta predisposición, se exteriorizará luego en aquella sensación de soledad y abandono, del "aislamiento cósmico", del cual se quejaba un despersonalizado. Los acordes de la canción de Mahler: "El mundo me ha perdido" (*molto lento e ritenuto*), reflejan quizá, el estado de ánimo del despersonalizado.

pre: "Es como si yo existiese sólo a medias" y denomina su estado anímico como un "aletargamiento afectivo". La queja frecuentemente oída de encontrarse como muerto y la sensación de automatismo, se repiten con tanta frecuencia que deben tomarse en serio, psicológicamente.

La exploración analítica de la despersonalización, de su psicogénesis, así como de sus mecanismos, demuestra que en el centro de las quejas de la carencia afectiva, se encuentra la perturbación de la capacidad amatoria, así como su intensa conexión con los deseos de muerte contra el yo. El que no siente amor, no está vivo, es un autómata [18]. No poder sentir amor es inconscientemente idéntico con estar muerto [19]. Debe hacerse resaltar también que el restablecimiento de la capacidad amatoria conduce a la terminación de la despersonalización. La muerte anímica parcial de la despersonalización, se inserta en las tendencias autopunitivas, que son inconscientemente eficaces en este estado [20].

Debemos suponer, que durante la despersonalización, se lleva a cabo una regresión parcial del

18 Piénsese quizás en la desilusión de Hoffmann en los *Cuentos de Hoffmann* de Offenbach: Olimpia es una autómata.

19 "Quien ya no ama y ya no yerra, que se haga sepultar" (Goethe).

20 A veces le es posible al enfermo mismo acercar a la conciencia la reversión de los impulsos instintivos sádicos contra el yo. Así, una enferma decía durante su despersonalización: *I feel like a stone, like a stone on anybodys neck.* En otra oportunidad pudo reconstruir con posterioridad la relación psíquica en la cual era eficaz la despersonalización. Ella manifestaba: *Instead of knowing that you want to kill else, you wipe yourself out.*

desarrollo de la libido a la fase sádicoanal. La retención afectiva, pues como tal la debemos conceptuar en la aparente carencia de la despersonalización, pertenece al erotismo anal desde el punto de vista de la psicología de los instintos, así como la autoobservación y los deseos de muerte, descubiertos por nosotros, pertenecen al sadismo dirigido contra el yo [21]. La regresión a la predisposición narcisista primitiva, así como las formas verbales de las quejas del enfermo, permiten reconocer que durante la despersonalización un deseo proveniente de la infancia trata de ser satisfecho nuevamente: el deseo del retorno al vientre materno.

VI

Hemos llegado a diferenciar dos formas principales de la despersonalización: En la primera, la más pesada, podría decirse la más inconsciente, las sensaciones de falta de interés y de detención afectiva son las centrales. Los enfermos impresionan como dominados por una resignación casi deseada. Sus quejas tienen un carácter leve, pero perceptible, de melancolía. Se encuentra ya presente la autoobservación, pero todavía no se ha adjudicado el dominio exclusivo sobre la vida anímica consciente. La segunda forma queda caracterizada por la especial intensidad de la autoobservación, así como por la fuerte resistencia contra el vacío afectivo y la falta de interés. El analista reconoce que en dicha forma

[21] Hacemos referencia aquí, de nuevo, a la neurosis obsesiva, en la cual los instintos sádicos y eróticoanales, tienen un papel destacado.

no se trata solamente de una manifestación defensiva, sino que constituye ya un intento de curación. Es la forma o fase que conduce, sea a la irrupción, adaptándose con ello a la realidad, sea a la neurosis o psicosis, debido al aumento extraordinario del poder de lo rechazado.

La cuestión de cómo pueden comprenderse los fenómenos de la despersonalización, desde el punto de vista de la teoría de la represión, no es de ninguna manera tan fácil como se lo representan algunos autores analíticos. Siguiendo a Nunberg, los sentimientos de extrañeza serían la expresión de la iniciación de la fase de la represión. Esta afirmación me parece demasiado amplia. Creo más bien que la despersonalización no responde al mecanismo especial de la represión, sino más bien al del rechazo, de orden más general [22]. En la mayor parte de los casos de despersonalización se trata del rechazo de una exigencia instintiva proveniente del yo. A veces puede reconocerse en la despersonalización un rechazo de la reaparición de lo reprimido. Las sensaciones de extrañeza son, por lo tanto, más bien expresión del rechazo de una parte de realidad indeseable, o la reaparición de algo reprimido, pero no el signo de una represión que se está iniciando. La autoobservación de la despersonalización no sólo se explica por el retorno de la libido hacia el yo, sino también por la reacción protectora del yo contra un reforzamiento instintivo, reacción puesta al servicio de la censura, para impedir la aparición de

22 Sobre la diferencia entre represión y rechazo véase FREUD: *Inhibición, síntoma y angustia*.

percepciones, representaciones y sentimientos desagradables. La defensa contra el retorno de lo reprimido, en la despersonalización, se realiza en dos formas: por una vigilancia aumentada, y por sustracción de la libido, que luego se extiende por medio de los mecanismos del desplazamiento y de la generalización, sobre toda la vida anímica. Por lo abstracto de las relaciones que debemos captar, es posible que la comparación nos preste buenos servicios. El papel de la sustracción de la libido y el de la autoobservación, es comparable a los preparativos que una división de soldados, adopta al enterarse del acercamiento de un ejército enemigo muy superior. La división amenazada se repliega a una posición segura, que no se encuentra expuesta a ataques sorpresivos, explorándose constantemente el terreno con reflectores, patrullas, etc., para notar de manera anticipada todo acercamiento del enemigo. El dinamismo psíquico descrito permite comprender cuál es la posición de los sentimientos de extrañamiento, dentro de la despersonalización, y la forma en que conducen a la neurosis y a la psicosis. El alejamiento del mundo exterior corresponde al rechazo de una porción penosa de la realidad exterior, a la cual uno trata de sustraerse. El alejamiento del yo corresponde a una reacción defensiva frente a una parte inconsciente de la personalidad, percibida penosamente, que trata de llegar a la conciencia. Lo dicho, naturalmente, es sólo verdadero en sus rasgos más generales, debido a que por la efectividad de los mecanismos de proyección, los acontecimientos interiores son ubicados en el mundo exterior, siendo por lo tanto el extrañamien-

to de dicho mundo exterior, sólo un reflejo del extrañamiento del yo.

Los sentimientos de extrañamiento, que se ponen de manifiesto en la despersonalización, frente al yo y al mundo exterior, no tienen el mismo valor psicológico, por más que ambos integren el cuadro sintomático. La diferencia de su terminación pone de relieve la importancia de esta diferenciación: cuando predomina el extrañamiento del mundo exterior puede llegarse a la psicosis, cuando predomina el del yo, es más probable que se llegue a la neurosis. Si tratáramos de captar la diferencia del extrañamiento, formularíamos lo siguiente: Este no es el ambiente que yo conozco, y éste no es el yo que yo conozco [23]. Pero es mejor dar a esta fórmula el aspecto de interrogación, que corresponde mucho más al carácter psicológico de la despersonalización, y tendría que formularse así: ¿Dónde estoy y quién soy? si seguimos sosteniendo que los estados de despersonalización se revelan como una reacción a una vivencia grave, como, por ejemplo, el rehusamiento de un deseo, no podremos negar al extrañamiento del mundo exterior un significado primario, que ya posee desde el punto de vista puramente histórico. Si esto se puede aceptar sin dejar

[23] La despersonalización parcial, dirigida contra una parte del cuerpo, no se sustrae a esta fórmula. A una enferma le parecía repentinamente extraña su propia mano y como no perteneciente al yo. El análisis demostró que esta sensación partía del asombro que sentía la enferma, cuando miraba su mano mientras cosía o escribía. Era como si ella misma se dijese: esta mano que está cosiendo en este momento, no puede ser la misma que masturba y lleva a cabo otras cosas sexuales feas.

lugar a dudas, surge aún la cuestión de si es posible tal extrañamiento del mundo exterior, como lo presentan los despersonalizados, sin un extrañamiento previo del yo. Nuestras relaciones con el mundo exterior son determinadas, en primer lugar, por el examen de la realidad. Este examen de la realidad pertenece seguramente al yo, como afirma Freud, pero este yo no es, de ninguna manera, uniforme y estable en la época del desarrollo de la función de la realidad. También en el futuro puede sufrir una amenaza proveniente de dos partes. Sabemos cómo los poderes del ello falsean nuestras percepciones. Nosotros vemos, oímos, olemos lo que nuestros instintos nos hacen desear. La dependencia de nuestra constitución animal inmodificable, perturbará nuestra función de realidad y su desarrollo en múltiples sentidos. Pero nuestro yo se encontró dominado durante largo tiempo por personas mayores, respetadas y amadas, a las cuales dejaba tomar todas las decisiones. La función de realidad primaria, llega a estar por esto bajo el control del superyó que puede revisar los resultados de las percepciones, aprobando o rechazando, completando o modificando.

Ahora bien, sería bastante mezquino que nuestro concepto del mundo exterior dependiera de la agudeza de nuestras percepciones sensoriales (nociones inseguras y torpes) y de nuestra razón (la de un chimpancé un poco más inteligente que sus congéneres). Pero el hombre, el animal doméstico más miserable de Dios, decide sobre si algo es verdadero o no, según lo desee. Y con demasiada frecuencia niega o tuerce la verdad, porque no puede permi-

tirse considerarla como verdadera, aunque lo deseara. Los filósofos deducen evidentemente de estas propiedades, que el hombre se encuentra llamado a resolver los enigmas de este mundo con seguridad infalible y diferenciar lo verdadero de lo falso. En la despersonalización, durante el alejamiento del mundo exterior, la función de la realidad se encuentra influida tanto por el ello como por el superyó [24].

VII

La fórmula para la despersonalización antes enunciada "¿Quién soy yo?" –en el sentido de la comprensión psicológica del propio yo– nos conduce a nuestro tema propiamente dicho: las relaciones que existen entre la despersonalización y la psicología. Según la advertencia de la deidad de Delfos, es ésta

24 Seguramente ocurrirá esto en distintos grados, y la influencia de nuestras pulsiones instintivas, así como la tendencia de evitar el displacer, tendrán en la mayoría de los casos el papel principal. Hasta ahora apenas se han registrado en la literatura casos de despersonalización en niños, pero no hay duda que deben existir en mayor o menor grado, especialmente en niños que tienen tendencia a la neurosis obsesiva. El análisis de un enfermo adulto hace aparecer un recuerdo del sexto año de edad, que demuestra, sin lugar a dudas, estados de despersonalización. Había momentos, en aquella época, en que la falta de interés y la carencia de la participación del niño llegó a llamar la atención de los padres. El chico se extrañaba de sí mismo. En aquella época se ocupaba mucho con la pregunta de quién era realmente, y lo que sentía. Recuerda que numerosas tardes se encontraba acostado sobre el sofá, llamándose en voz baja por su propio nombre: "Félix, Félix", y que se extrañaba de que él, en verdad fuese Félix, queriendo saber si realmente sentía, y

la cuestión hacia la cual tiende inconscientemente toda investigación psicológica.

Ahora bien, estas relaciones se han hecho resaltar en repetidas oportunidades siendo más de una vez objeto de investigación. Nos internamos evidentemente en un territorio peligroso. El de la psicología. También aquí la investigación la realiza el psicólogo y comprende las premisas psicológicas y los motivos anímicos del psicólogo. ¿Nos está permitido dudar que tales investigaciones quedan por completo libres de la influencia de los prejuicios y elementos afectivos personales, tan difíciles de controlar? No, pues la duda es, por lo general, una propiedad impropia para el psicólogo. No es conciliable con el carácter exacto de una ciencia.

Schilder, quien se ha ocupado con nuestro tema en forma especialmente insistente y aguda, señala que puede llevarse a cabo una psicología introspectiva sin estar despersonalizado [25]. Me atrevería a contradecir esta sentencia, que nos conduce a lo

---

qué es lo que sentía. Otro enfermo desarrolló a la edad de siete años una autoobservación extraordinariamente aumentada, que percibía como torturante y de la cual se quejaba a su maestro de francés. Denominó, en aquella época, a esta obsesión, la de observar a su propio yo, muy característicamente: "*a manie des deux personnes*". El papel del superyó en la despersonalización permite comprender por qué estos estados pueden aparecer en niños apenas después de cierta edad.

25 *Autoconciencia y conciencia de la propia personalidad.* Monografía de "Gesamtgebiete der Neurl. y Psych.". Cuaderno 9, 1914.

más íntimo de nuestro problema[26]. La psicología introspectiva contiene aún una parte de aquella despersonalización que relacionamos con la escisión y extrañamiento del yo, con la desaparición de los afectos y la despersonalización de los sentimientos. Más grave que el error de esta afirmación es lo que falta en ella. Es fácil completarla cambiando la forma del verbo. Parece más que dudoso, si se puede hacer psicología introspectiva sin encontrarse despersonalizado en cierto grado. Pero es seguro que no puede hacerse psicología introspectiva sin haber estado despersonalizado. ¿Falta en la afirmación de Schilder solamente este único elemento? No, falta aún otro. Debe agregarse: sólo puede hacerse psicología introspectiva si se ha vencido en cierta medida a la despersonalización. Por lo tanto sobrepasamos en dos direcciones la opinión de Schilder.

Según Schilder, es característico para la despersonalización una lucha de la tendencia a la observación con la tendencia afectiva. Pudiera decirse que el despersonalizado siente, quisiera observar y mientras observa, quisiera sentir plenamente. Esto ocurre, sin duda en cierta medída, y la descripción es seductora, especialmente por su redacción, que ofrece un simpático contraste. Sin embargo, un rasgo notable de la despersonalización, que hasta ahora ha sido pasado por alto, es que estos enfermos, de acuerdo con su falta de interés, no demuestran realizar esfuerzo alguno para hacer coincidir su vida

26 Posteriormente pude establecer con satisfacción que el profesor Schilder, al cual sometí mi objeción, declaró con sinceridad que hoy día ya no defendería esta afirmación. Señaló, con razón, las "proporciones de mezcla" que aquí son decisivas.

anímica con las explicaciones de los observadores. En realidad, los hechos son mucho más complicados: el despersonalizado quiere vivir y sentir, pero no lo puede porque el tipo de sus vivencias y afectos no le resultan deseables. La observación es obsesiva y tiende a vencer la imposibilidad de tener sentimientos y vivencias: corresponde, por lo tanto, a un intento de curación. Al mismo tiempo suministra una sustitución de las vivencias y sentimientos, con la forma, en cierto modo diluída, de la introspección. La explicación de Schilder resulta, por lo tanto, sólo en pequeña medida exacta. Es verdad que aquel que quiere observar no puede tener simultáneamente vivencias ingenuas. Pero debe preceder una perturbación en el mecanismo de las vivencias, pues sino nunca se llegaría al deseo de observar. Querer observar y querer tener vivencias son opuestos solamente para una observación superficial. En lo más profundo ambos procesos tienen la misma orientación. Sería mucho mejor decir: El despersonalizado no puede sentir; por lo tanto está obligado a observar. A un niño se le ha negado la torta de chocolate, ofreciéndole como sustituto caramelos. Mientras come los caramelos no deja, sin embargo, de pedir la torta.

Llegamos aquí a un punto en el cual debe ponerse en evidencia el gran parecido entre la esencia y el origen de la psicología y de la despersonalización. Antes estuvimos inclinados a modificar la sentencia de Schilder en el sentido de que sólo podría hacerse psicología introspectiva si se ha estado despersonalizado en cierta medida. Sin embargo, no

debe interpretarse esto como una manifestación morbosa, sino como una determinada disposición hacia el yo. Debe comprenderse en el sentido, que es necesaria una despersonalización parcial para llegar a una introspección científica. El hombre ingenuo, sin quebrantos de sus instintos, no siente ninguna necesidad de un conocimiento introspectivo. No le interesa su propia vida anímica. El ha orientado su libido hacia el mundo exterior, y la proyección inconsciente de sus actos anímicos sobre el ambiente le resulta el camino más natural del conocimiento universal. Trata de conquistar un trozo de realidad de tipo tangible. Pudiera decirse que se encuentra satisfecho con aquel tipo de ilusiones perecederas que nosotros denominamos realidad, no teniendo interés por ninguna otra. Pero el reino del psicólogo no es de este mundo, del mundo de la realidad material. La percepción, naturalmente, se encuentra orientada hacia afuera y la inversión de la atención hacia la percepción interior es, desde luego, un signo de una perturbación de la economía libidinosa [27].

[27] Ya Moebius ha formulado esto excelentemente: "En cierto modo nos resulta natural dirigir la mirada hacia el mundo exterior. Es antinatural orientarla hacia el interior. Nos podemos comparar a una persona que, desde una habitación oscura, observa el mundo, bañado por el sol, a través de una pequeña ventana: afuera puede distinguirse todo fácilmente, pero si se da vuelta es difícil que se oriente en su habitación oscura". (*Die Hoffnungs losig keit aller Psychologie* —"La desesperanza de toda psicología"—, 1907, pág. 12) Esta buena comparación conduce aún más lejos. Y es apropiada para expresar algo sobre los motivos de la disposición a la psicología. La observación, primitivamente dirigida hacia el "mundo

Recién el conflicto entre las fuerzas instintivas reprimidas y las potencias del yo dan carácter de actualidad al problema de la introspección. Como hemos dicho, queda comprendido dentro de este conflicto el intento de anestesia de la vida anímica que describimos en los estados de despersonalización.

Si esto es realmente así, surge de nuevo la cuestión sobre el papel y significado de la autoobservación dentro de la despersonalización. ¿Será que no hemos reconocido su verdadera posición? Esto parece ser realmente así. La autoobservación no se encuentra ligada a la despersonalización en forma primaria. Es un fenómeno secundario. No es exacta la afirmación de Schilder de que el primer signo de la despersonalización es una "torturante obsesión de autoobservación", ni la de Oesterreich, de que "la aparición de la despersonalización estaría basada parcialmente en forma directa sobre una exuberancia de las funciones de autoobservación". Lo primario es la escisión y extrañamiento del yo. Es posible que la autoobservación aparezca como primer elemento que llame la atención, pero esto no significa que ha sido la primera en existir. Debe considerarse ya como un signo de lucha contra las sordas sensaciones de extrañamiento del yo, y como un primer intento insuficiente de orientación dentro del yo. El retiro de la libido del mundo exterior, así como su vuelta hacia el yo, es una condición previa de la autoobservación, pero estos pro-

bañado por el sol", se dirigirá solamente hacia la "habitación oscura", cuando afuera ocurra algo desagradable o un acontecimiento en la misma pieza determine esta inversión.

cesos no conducen necesariamente a ella. Estas condiciones previas son idénticas para determinadas psicosis. Pero el resultado psíquico es completamente diferente. El hecho que la autoobservación aparece en la despersonalización no demuestra en sí cuál es la posición que le corresponde dentro de estas manifestaciones.

¿Cómo debemos conceptuar la autoobservación y qué función le debemos conferir dentro de la despersonalización? Ya hemos dicho que sería una sustitución de afectos estancados, por una inhibición intrapsíquica. Desde este punto de vista, y por otras consideraciones, resulta que lo que nos parece tener el valor de un síntoma patológico en la aumentada y típica autoobservación de la despersonalización, en realidad es más bien el síntoma de un intento de curación. Creemos haber reconocido que la autoobservación de la despersonalización participa en cierto modo de ambos significados: es parte de la enfermedad y al mismo tiempo señala el camino hacia la curación. Sirve a esta segunda función, que hasta ahora pasó inadvertida, evidenciando las diferencias entre la situación anímica anterior y la actual, acercándose así inconscientemente a los motivos ocultos que determinaron tal cambio de actitud, de manera que en cierto modo sondea el terreno anímico. La autoobservación es, por lo tanto, simultáneamente síntoma del padecimiento como síntoma de la tendencia curativa, en la misma forma en que la fiebre constituye la enfermedad de un organismo y simultáneamente la expresión de su defensa contra el germen patógeno. En este sentido resulta que la autoobservación proviene de la

despersonalización, pero al mismo tiempo representa un intento de vencerla, siendo ya la expresión de una tendencia para acabar con las influencias patógenas. Se reconoce que la autoobservación coincide en el fondo con la autocrítica. Freud hace la observación de que la misma actividad que ha adoptado la función de la conciencia, se ha colocado al servicio de la investigación del interior.

A partir de aquí nos resulta fácil encontrar el camino de retorno hacia nuestro problema, el de las relaciones entre la psicología y la despersonalización. Nadie niega el parentesco entre la autoobservación y la despersonalización, por un lado, y la psicología introspectiva como método científico, por el otro. Pero estas relaciones no son simples y nuestra impaciencia, que siempre de nuevo trata de empujarnos hacia soluciones simples y elegantes, no es el mejor medio para solucionar adecuadamente un problema. Todo aquel que domina la literatura respectica, sabe que los autores psicológicos científicos se han ocupado sin cesar con el problema de cómo pueden conciliarse la introspección con la fidelidad y vivacidad de los afectos. Se sabe también que los sabios comprueban las modificaciones que sufren los fenómenos anímicos sometidos a la autoobservación, justamente por la introspección. Se ha señalado que la autoobservación impedía la aparición de efectos intensos, y atenuaba la intensidad de los sentimientos. Recordemos lo que hemos dicho sobre la autoobservación en la despersonalización. No hemos negado la opinión de los neurólogos, según la cual la autoobservación no era favorable a los sentimientos, pero hemos afir-

mado al mismo tiempo que la autoobservación no pertenece primariamente a la despersonalización, sino que se agrega a ella, constituyendo un intento para su vencimiento [28]. Nos permitiremos objetivar lo dicho con una comparación.

Supongamos que un empleado trabaje un determinado número de horas diarias en su escritorio. En una pared, cerca del escritorio, se encuentra colocado un espejo. Este empleado, por lo general especialmente diligente y asiduo, siente una buena tarde, mientras está sentado frente a su escritorio a la hora acostumbrada, que no tiene el mínimo deseo de trabajar. En lugar de continuar la tarea comenzada, se ocupa del espejo, sometiendo su cara a un examen atento y minucioso, retornando de nuevo a su imagen después de un vano intento de concentrarse en su trabajo. Los observadores de nuestro empleado afirman que el ocuparse con su propia imagen le impide trabajar, perturba su atención y desvía sus ideas de las sagradas cuestiones del estado. Si nos referimos a una sentencia ya citada de un neurólogo, la situación sería simple-

[28] El grado de diferencia entre la opinión imperante hasta ahora y la que nosotros defendemos, surge en la obra de Schilder (*Entwurf zu einer Psychiatrie auf psychoanalytischer Grundlage*, pág. 39): "Expresado en otra forma, la autoobservación representa la contradicción interna". En realidad la contradicción interna existía antes de la autoobservación, pero ésta no es solamente su manifestación sino ya un intento de vencerla. La percepción endopsíquica inconsciente, cuyo significado para el alejamiento del yo y para la sensación de despersonalización (*Entpersoenlichung*) está claro, es naturalmente primaria, pero se encuentra situada en otro plano psíquico que la autoobservación en el extrañamiento del yo.

mente ésta: cuando el empleado quiere trabajar, se mira en el espejo, y cuando se mira en el espejo quiere trabajar. Nada más preciso y verdadero que esta descripción de un estado de ambivalencia de una "oposición" de propósitos, en la cual se refleja lo vano e incongruente de la existencia humana. ¿Es esta descripción suficiente como para abarcar todo el estado anímico de cosas? Me atrevo a dudar de ello. El espejo siempre estaba en aquel lugar, hace años ya, pero el empleado, ocupado intensamente con las actas, apenas se daba cuenta de la presencia de éste. Ahora el espejo lo molesta. Muy bien. ¿Pero por qué no lo ha molestado antes? ¿De dónde proviene la repentina atención? ¿No sería demasiado superficial suponer que haya sido el espejo el culpable de la perturbación de su trabajo? Es cierto, no es posible trabajar y mirarse en el espejo simultáneamente. Pero éste no es el contenido esencial de la situación descrita. Me parece que sería mucho más revelador averiguar qué es lo que molesta a nuestro empleado, primitivamente tan diligente, induciéndolo a una actividad tan desacostumbrada y vanidosa. Quizá tenía preocupaciones privadas que interrumpían su trabajo, quizá han aparecido hoy en él ideas que desvían su interés por lo general dirigido hacia las actas. Quizá sufrió una sensible ofensa a su vanidad o tiene preocupaciones por enfermedad o vejez. En este caso no sería el espejo el elemento perturbador. La perturbación existía ya antes y este mirarse en el espejo es ya su consecuencia y no su motivo. Seguramente, la perturbación del trabajo dura mientras nuestro empleado se observa en el espejo, pero su auto-

observación no es el motivo. Supongamos por un momento que un acontecimiento lo haya herido en su vanidad y ahora quiere convencerse que tiene un aspecto bastante elegante y agradable. ¿No sería entonces la observación en el espejo más bien un intento de vencer el elemento inhibidor del trabajo, acompañado o no de éxito? Aquel que dándose cuenta que se ha perdido en una región desconocida trata de orientarse, encontrará el camino recto antes que aquel que continúa desinteresado en su destino.

Retornemos a nuestra pregunta. No negamos la modificación de los actos psíquicos por la autoobservación. Estamos aún inclinados a aceptar algunas modificaciones fundamentales, a las cuales la psicología aún no ha dado importancia [29]. Pero según nos parece, el celo de establecer esta modificación, y de basarla en la introspección, ha tenido como motivo que a los psicólogos se les haya escapado algo de mayor importancia. Nos referimos a las modificaciones que ocurren con anterioridad y que conducen a la autoobservación. Por lo tanto es posible comprobar dos procesos separados: uno de ellos conduce a una situación psíquica modificada, impulsando hacia la autoobservación; el segundo es la autoobservación misma, que a su vez nos hace percibir los propios actos psíquicos en forma modificada. Sería seductor atribuir al segundo proceso

[29] Los psicólogos seguramente no se han dado mayormente cuenta de que la inhibición de los actos psíquicos es determinada por la autocrítica inconsciente, basada en la autoobservación.

capaz de ser consciente, las modificaciones que deben adjudicarse al primero, en su mayor parte inconsciente.

VIII

Hemos afirmado que la autoobservación de la despersonalización es ya la expresión de un intento de curación, un esfuerzo para vencer las influencias patógenas. Su objetivo latente consiste en hacer retornar la vida anímica a la situación primitiva. Desde aquí hasta la psicología introspectiva nos separa sólo un paso. La psicología introspectiva se encuentra situada en la continuación de la línea, en cuyo comienzo se encuentra la autoobservación, aún brumosa, de la despersonalización, con su comprobación de los dos yo y sus quejas sobre las modificaciones del yo. La autoobservación de la despersonalización no es todavía psicología como ciencia. Es, en cierto modo, su estado larval, una especie de forma preexistente de la investigación psicológica. El interés objetivo en los propios fenómenos anímicos demuestra que en la psicología introspectiva la tendencia curativa ha progresado, habiendo vencido ampliamente a la despersonalización. Sus manifestaciones residuales pueden aún comprobarse en la introspección científica.

De tal manera puede considerarse a la psicología científica como resto, como "supervivencia" de un síntoma patológico, al menos que se considere como intento de curación, lo que es igualmente verdadero. Es uno de los signos de haber alcanzado un determinado grado de cultura, demostrando las in-

fluencias patógenas de dicha cultura. Simultáneamente es un correctivo cultural parcial. El ocuparse con psicología introspectiva seguramente no pertenece a las actividades de los comienzos de la cultura. En verdad la psicología es la más joven de las ciencias y solamente posible por substracción de libido al mundo exterior. Todas las demás ciencias resultan un intento de vencer necesidades exteriores de importancia vital para el hombre, en un medio hostil, o por lo menos indiferente. La psicología sirve, indudablemente, para el apaciguamiento y vencimiento de aquellos poderes interiores, que antes eran exteriores y que se pretendía dominar por la magia y la oración. El hombre primitivo, lo mismo que el niño, está inclinado primitivamente a tratar a las manifestaciones instintivas percibidas endopsíquicamente que lo molestan, como una parte del mundo exterior, es decir, de proyectarlas hacia afuera. Desde el punto de vista de la historia de la cultura, toda psicología es metapsicología. De tal manera logra conocer más o menos las penurias de la vida interior, que en último término se han desarrollado a partir de los conflictos entre las exigencias del mundo exterior y las necesidades instintivas, con lo cual alcanza cierto dominio o atenuación este conflicto.

No podemos describir aquí la forma en que aparecen, en la psicología introspectiva, elementos narcisistas y masoquistas, por el retorno de la libido hacia el yo. Ni tampoco cómo esta rama de la ciencia demuestra aún los rasgos de anestesia de la vida anímica, de que hablamos en la despersonalización. Quizá no resulte agradable a la vanidad de los psi-

cólogos que su ciencia, según su origen y según su esencia, se relacione tan íntimamente con elementos patológicos. Pero no vemos ninguna posibilidad de tener miramientos con esta sensibilidad narcisista. No hay por qué pensar que los psicólogos no hayan sufrido dificultades interiores en la misma forma que otras personas, de las cuales muchos sólo se diferencian por un sentimiento de superioridad, completamente injustificado[30].

La introspección directa y consciente ha suministrado hasta ahora a la psicología, sólo resultados escasos y sin importancia. La percepción endopsíquica inconsciente, por el contrario, debe ser considerada como la condición previa más importante del conocimiento psicológico. No podríamos comprender los procesos psíquicos en los demás, si no tuviésemos una posibilidad de comparación con nuestros propios procesos anímicos en esta percepción endopsíquica inconsciente. Tropezamos aquí con un círculo inconsciente y de naturaleza extraña: nosotros comprendemos al otro, al reflejarse él en nosotros, y nosotros nos llegamos a comprender en el reflejo del otro. El aspecto narcisista de la autoobservación se ha hecho resaltar con tanta frecuencia y con tanta vehemencia que sería injusto no darle la importancia debida a otro aspecto de la misma. La autoobservación es también un intento de objetivar al propio yo, de verlo sustancial-

[30] La naturaleza patológica de la psicología, proveniente del sufrimiento humano, parece que no excluye sentimientos tan altaneros en los psicólogos. También en este caso, el sufrimiento psicológico se transforma en virtud. En realidad es éste el origen de todas nuestras, así llamadas, virtudes.

mente, acercándolo en esta forma al mundo exterior, con el cual los límites del yo se confundían en la época de la primera infancia. Apenas se ha notado que en la autoobservación se encuentra una tendencia inmanente a la heteroobservación, históricamente anterior. La reversión hacia el mundo exterior, a su vez, significa de nuevo una catexis libidinosa de los objetos exteriores, y con esto una parcial descarga psíquica. Sólo ahora se hace posible la psicología científica; su condición previa es, por lo tanto, una transformación del narcisismo secundario en catexis objetal.

Hablando burdamente, en el caso de la psicología se trata de una huida de un estado de despersonalización leve hacia la ciencia. Hasta qué grado se liberan, por este retorno hacia el mundo exterior, impulsos instintivos sádicos y de apoderamiento —*Knowledge is power*— es una cuestión que requiere una investigación más minuciosa. Tampoco debe pasarse por alto que en la psicología se pierde una parte de las vivencias ingenuas y que en esta ciencia se ha conservado aún un resto de aquel extrañamiento de los sentimientos frente a las propias vivencias, que dominaba la despersonalización.

A esto, podría objetarse que toda investigación científica excluye en lo posible todo sentimiento individual, postulando como exigencia primordial y más importante la observación de los hechos. De todas maneras, le resulta fácilmente comprensible a cualquiera que los fenómenos anímicos son sentidos como más cercanos al yo que los hechos accesibles por la percepción exterior. Aquella despersonalización parcial de la vida afectiva que hemos

conocido como una forma de la despersonalización, es una premisa psíquica innegable de la psicología científica. Pero ella misma significa un camino para vencer ampliamente el extrañamiento del yo y el extrañamiento del mundo exterior. En lugar de la huida ante el retorno de lo reprimido, la psicología coloca —mejor dicho: la psicología abismal del análisis— la digresión con las emociones inconscientes, acercando en esta forma de nuevo al individuo a la unidad de la personalidad. Aquí resulta claro que la psicología realiza en esta forma, y sin voluntad, un deber psicoterápico. La relación latente entre la autoobservación y las tendencias psíquicas de restablecimiento, se revela en forma especialmente clara en la técnica del psicoanálisis. Si el análisis tiende a hacer desaparecer la escisión del yo del neurótico, esto no es de ninguna manera idéntico con un intento de sumirlo en una bruma o de amortiguarlo. Por el contrario, poco después del comienzo del tratamiento, el nervioso se encontrará en la situación de llegar a conocer la enemistad de dos bandos en el yo, y de comprender el significado anímico de su extrañamiento del yo. Sería erróneo afirmar que el analista produce una despersonalización artificial. No hace más que descubrirla. Sólo en base a la comprensión consciente de esta enemistad en el yo, el enfermo logra reconocer y aceptar la parte del yo extraña como una parte separada de la propia personalidad. El analizado aprende lentamente a observarse a sí mismo. Esto ocurre en buena parte, gracias a que el enfermo, siguiendo el ejemplo del analista, capta la propia vida anímica en una extensión siempre ma-

yor y con creciente interés, viendo sus procesos psíquicos como objeto. El analista induce, o por lo menos refuerza el proceso de la autoobservación que se destaca tan notablemente en la despersonalización. A quien considere la autoobservación (por ejemplo, la que se manifiesta en los estados de despersonalización) como mero síntoma patológico, sin duda le resultará difícil apreciar todo el valor de tan extraños métodos terapéuticos [31]. Tampoco puede oponerse ningún reparo serio a que los psicólogos de mentalidad más simple consideren este efecto de la observación analítica como una "pérdida de la inocencia". Recuérdese que también los amputados se siguen quejando de dolores en los miembros que han perdido.

La despersonalización permite la visión de una situación psíquica que sólo parece posible en un determinado grado de cultura, es decir, sólo en determinadas condiciones de represión. Se puede aún dudar —haciendo abstracción de algunos casos fronterizos crasos— que debe considerársela como una enfermedad especial o, más bien, una manifestación cultural, que se desarrolla bajo diversas circunstancias sociales. La importancia de la despersonalización como un tipo de disposición y actitud psíquicas particular, y sus efectos en las diversas formas de la vida individual y colectiva, conducirían a una digresión minuciosa y justificada. Con-

[31] Compárese, por ejemplo, la opinión de Janet sobre la autoobservación en los despersonalizados: "Esta aptitud para la introspección psicológica me parece simplemente una consecuencia de la debilidad de su espíritu". (*Les obsessions et la psychasthénie*. París, 1913, tomo I, pág. 458.)

siderando nuestras condiciones culturales como condición previa, es poco probable que estemos inclinados a supervalorar nuestra eficacia terapéutica en el campo de la despersonalización. Pese a considerarse al psicoanálisis como la terapéutica hasta ahora más profunda para la neurosis, se puede tender en general, a un ligero escepticismo en lo que respecta a su eficacia en estas enfermedades. Sé muy bien que el escepticismo es malo, odiado por los diversos intereses de las clases sociales y del Estado y un horror ante Dios y la humanidad. Pero el terrorismo terapéutico no queda más justificado por ello. El fanatismo para alcanzar el "bien" ajeno posiblemente ha hecho más desgraciada a la humanidad que el simple *laissez-faire*. En realidad, en lo más profundo, tampoco ha modificado nada. La sociedad civilizada siempre reposará sobre la constitución instintiva y la miseria, tontería y miopía de sus componentes, es decir, sobre bases inconmovibles.

Traducido por EDGARDO BLUM.

CAPITULO III

LA SIGNIFICACIÓN PSICOLÓGICA DEL SILENCIO

Las observaciones que siguen toman su punto de partida en un problema específico de la técnica analítica, pero tienden a otro fin.

No se me tomará a mal, por lo tanto, que eluda la discusión del problema técnico, aun cuando forzosamente me vea obligado a rozarlo.

En el curso de una sesión analítica caracterizada por una considerable resistencia –y a la cual volveremos a referirnos más adelante– se quejó un enfermo amargamente de que el análisis era "una situación imposible". La sinceridad obligaría a decir que tiene razón, desde el punto de vista de las convenciones sociales. Resulta casi imposible el referir a una persona extraña los sucesos más íntimos de la vida propia, hasta ahora cuidadosamente mantenidos en secreto, y hacerle partícipe de pensamientos y sentimientos que apenas se ha osado confesarse a sí mismo. Conocemos, además, algo que hará aún más difícil la situación: son las experiencias de la transferencia, que a su vez deberán ser expresadas y comunicadas. Sin salirnos del caso más sencillo, el del hombre que tiene que confesar, en el curso del análisis, hasta qué punto son hostiles y despectivos los pensamientos que descubre en sí mis-

mo, dirigidos contra el médico, o el de la mujer que se ve obligada a confesar a éste, groseros deseos y fantasías de carácter sexual que se refieren precisamente a él, se admitirá sin discusión que se trata de superar dificultades nada comunes. El intento de convencer al enfermo por medio del razonamiento, de que la esencia y la eficacia misma del proceso consisten precisamente en hacer posible aquello que le parece imposible, tiene pocas probabilidades de éxito, a causa de la resistencia afectiva. Tampoco nos ayudará mucho el hacer un llamado a sus sentimientos narcisísticos, diciéndole, por ejemplo, que conocemos bien lo difícil de la tarea que le proponemos, pero que estamos convencidos de que, estando en juego la recuperación de su salud y su capacidad, sabrá poner a contribución la energía y el valor moral necesarios.

Podríamos agregar aún, continuando en este tren, que precisamente el hecho de que esperamos de él que ha de sentirse capaz de realizar una tarea tan difícil representa un voto de confianza que le otorgamos, que nadie esperará de Hércules que levante una silla a sólo 50 centímetros del suelo, y cosas por el estilo. Pero será mucho mejor hacer reconocer al paciente las bases inconscientes de sus resistencias de transferencias y esperar hasta que él mismo transforme en posible su situación imposible.

Estas y otras dificultades del psicoanálisis están ligadas al hablar, a la palabra. El hablar se halla ocupando en todo caso el punto céntrico del análisis. Todos hemos tenido ocasión de escuchar el argumento que tan frecuentemente se ha usado contra el análisis: no es posible –se dice– que un serio síntoma histérico, una obsesión grave o los efectos

cohibitivos de una fobia puedan hacerse desaparecer únicamente "con palabras". Esta objeción procede fácilmente de aquellas mismas personas que durante su infancia no dudaron ni un instante de que una montaña se abre mediante la palabra mágica "sésamo", que un conjuro puede convertir un hombre en un animal o que unas pocas sílabas puedan hacer aparecer espíritus, nocivos o propicios. Estas mismas personas se sienten más tarde entusiasmadas por el discurso político de un caudillo, conmovidas por la tragedia de un poeta, calmadas y absueltas mediante la confesión ante un sacerdote. Una vez más son los mismos que no dudan –la historia de los pueblos y de la propia vida les habla con excesiva claridad– de la suma de felicidad y de miseria que pueden resultar de palabras ni de la frecuencia con que pueden depender tan sólo de palabras las grandes decisiones en la vida del individuo y de las naciones.

Recordamos aún cómo la primera paciente llamó *talking-cure* al psicoanálisis. Con todo lo que contiene de expresiva esta denominación, no sería justo atribuir todos los resultados del análisis a la palabra. Sería más correcto, en mi opinión, decir que lo que demuestra el psicoanálisis es el poder de la palabra y el poder del silencio. Tanto se ha dicho sobre el hablar en el análisis que se ha pasado por alto casi completamente el efecto del silencio sobre la psiquis. Y si en alguna ocasión se ha deslizado por ahí alguna observación sobre el silencio, ésta se refería más bien a las pausas que suele hacer el enfermo durante la sesión. Omitimos aquí intencionalmente todos los problemas relacionados con el silencio del analizado y elegimos un camino harto más

dificultoso y escasamente frecuentado: queremos hablar sobre el silencio del analista, sobre su significación especial dentro de la situación analítica, su valoración afectiva por otra parte del paciente y su sentido latente. Sobre este tema no me ha sido dado encontrar, dentro de la literatura analítica, ninguna observación digna de mencionarse. Una sola excepción cabe hacer resaltar dentro del olvido general de este tema tan importante. Son unas breves, pero valiosas expresiones de R. de Saussure, en sus cortas *Remarques sur la Technique de la Psychanalyse Freudienne* [1]. Queremos llamar aquí expresamente la atención sobre este excelente trabajo.

II

No cabe ninguna duda de que el silencio del analista se halla incluido también dentro de la "imposibilidad" que caracteriza a la situación analítica. En cualquier conversación corriente, lo usual es que los participantes de la misma se turnen en el uso de la palabra. Si una persona ha dicho o relatado algo, sigue de parte del interlocutor o interlocutores una observación, una pregunta, una exclamación, un signo cualquiera de participación. Acaso tenga ahora el interlocutor algo que decir, y se establece así un intercambio de pensamientos u opiniones. Se procura incluso evitar en sociedad un silencio prolongado; si el uno nada tiene que decir, el otro tomará la palabra. El comportamiento retraído del analista, tan distinto de lo corriente, tiene que parecer realmente "imposible" desde el pun-

1 En *L'évolution psychiatrique*, París, 1925.

to de vista de las convenciones usuales. El analista no teme al silencio. El valor de una silenciosa atención ha sido siempre estimado, por cierto, tanto por la psiquiatría clásica como por la psicología aplicada. Pero bastará pensar en el método de estas ciencias para apreciar toda la diferencia que las separa del método del psicoanálisis. Como destaca con razón Saussure, nadie ha erigido en principio metódico el monólogo incoherente del paciente, por una parte, y por otra, el silencio casi absoluto del médico [2].

Creemos que nos será más fácil develar el sentido latente del silencio del analista si partimos del efecto que este silencio produce en el paciente. Se nos ofrece, en verdad, una ocasión de enmendar lo dicho, ya que mejor será hablar de *los efectos* del silencio. Estos varían, en realidad, no solamente con cada uno de los individuos que se someten al análisis, sino que cambian en el transcurso de un mismo análisis. En la vida psíquica de un mismo paciente adquiere el silencio del analista, en una u otra situación, un distinto carácter, una significación diferente.

Es digno de notar, ante todo, que el paciente atribuye, en general, a este silencio, una determinada significación afectiva: no tendrá la comprensión necesaria para admitir que se trata simplemente de la conducta natural y obligada del analista, quien debe callar para escuchar con atención. En la in-

2 "... Cependant, je crois qu'il serait faux de dire qu'on avait, avant Freud, érigé en principe, d'une part le monologue decousu du patient, d'autre part, le silence presque absolu du médecin." SAUSSURE, *Remarques sur la Technique de la Psychanalyse Freudienne*, *L'évolution psychiatrique*, pág. 40.

mensa mayoría de los casos tiene el silencio del analista, especialmente al comienzo, un efecto benéfico y tranquilizador. Preconscientemente el paciente lo interpreta sin duda como signo de una reposada atención, pero esto mismo le parece una demostración de simpatía. Cuando decimos "demostrar atención a alguien" queremos evidenciar con ello nuestra complacencia, nuestra estima. Es evidente que este silencio, de por sí, infunde confianza al paciente y parece animarlo a expresarse con toda libertad. Es característica indudable de la situación analítica el suspender en gran medida, en el curso de la sesión, el imperio de las convenciones que rigen las relaciones humanas. Pero este alentador silencio del analista no es solamente la condición necesaria para que pueda entender lo que dice el paciente. El analista oye con duplicado sentido lo que aquél dice, porque siente resonar las voces inconscientes que le hablan a través de sus propias ocurrencias. Apenas ha sido contado hasta ahora que este aspecto se halla ligado, para el paciente, con otro más, que consiste en un apartamiento parcial del mundo exterior. Esto último es comparable al efecto producido por una pantalla que atenúa una luz excesivamente intensa. La apremiante cercanía de la realidad retrocede. Este silencio del analista es ya garantía del comienzo de una capacidad de valoración más tranquila y más objetiva. Pero sería naturalmente erróneo suponer que con el comienzo del análisis desaparece toda la vida anterior del paciente para dejar lugar a una vida nueva. El enfermo procede de una determinada esfera donde rigen ciertos conceptos y valoraciones, firmes maneras de pensar y rígidas convenciones; a todo esto

seguirá siendo fiel por mucho tiempo y con tenacidad. De un ambiente en que rige el silencio pasa nuestro paciente a una situación peculiarísima para nuestro mundo cultural, caracterizada por la libre expresión acerca de los asuntos más íntimos. Acostumbraba callar acerca de determinadas experiencias y sentimientos, así fuera la persona más locuaz y charlatana. Pero esto no quiere decir que no haya hablado de sí mismo y de sus asuntos, sino que se ha abstenido de hablar de aquella parte del yo que emerge en el análisis. Por cierto que tan inoportuna franqueza hubiera despertado asombro y hasta indignación, le hubiera valido tropezar con rechazos e interpretaciones. De un mundo en que sólo los niños y los insensatos dicen la verdad —y aún a éstos se les impide hacerlo— tiene que pasar a otro en que sólo tiene valor la sinceridad. El silencio del analista brinda así la mejor oportunidad para el establecimiento de la transferencia. Esta situación hace recordar aquellos primeros años de la infancia en que el niño no encuentra obstáculos para expresar sus sentimientos e impulsos, cualquiera sea la índole de los mismos. En aquella época la elemental necesidad de expresión del pequeño ser no era estorbada aún por máximas como aquella que reza *children should be seen and not heard.* Probablemente la sabiduría de tales normas de decencia tampoco hubiera hallado la debida comprensión de parte del interesado. . .

En esta fase del análisis el paciente interpreta inconscientemente el silencio como una demostración de simpatía, a la que corresponde decidiéndose a hablar. Resulta evidente, ya aquí, que este silencio, que parece pasivo, tiene en realidad un carácter ac-

tivo, y hemos de dar la razón a Saussure cuando habla de *valeur thérapeutique* del silencio.

De manera que siempre que hallemos en esta etapa del análisis silencio y vacilación de parte del paciente, deberemos tomarlo, en general —naturalmente hay excepciones— como signo de las resistencias más superficiales producidas por las dificultades de la acomodación a la nueva y extraña situación. Pero estas resistencias no dejan de tener importancia. Son comparables al lejano trueno que anuncia la cercanía de una tempestad. Generalmente esas primeras resistencias, que parecían evidenciar las mismas resistencias en el orden social incorporadas aquí en el individuo, son pronto superadas, para dejar lugar entonces a las más profundas y más tenaces que yacen debajo de ellas. Poco a poco el silencio del analista cambia de significado para el paciente. Algo se le ha ocurrido a éste que no quiere decir o que le cuesta mucho decirlo. El enfermo sigue hablando de otras cosas, pero aquello que fue reprimido pugna por abrirse camino y apenas le deja hablar de otra cosa; ahora calla él también. Es como si el silencio del analista se hubiera extendido a él, contagiándolo. La situación no ha llegado todavía hasta aquella supuesta imposibilidad de que ya hablamos, pero muestra ya por primera vez su incomodidad. El silencio continúa. El paciente, que se halla habituado a evitar como penosa toda pausa, comienza a hablar de nuevo, se esfuerza por hablar de cualquier cosa insignificante e inocua. Pero aquel fragmento suprimido, aquel pensamiento puesto de lado, reaparece como si quisiera o bien ser expresado o de lo contrario imponer un completo silencio; de tal modo se

filtra, perturbándolo, en todo otro pensamiento. Parecería lo más adecuado pedir ayuda al analista, pero éste calla, como si fuera ello lo único natural en semejante situación, o como si le importara bien poco el gran mundo de afuera, que prohibe este silencio desconcertante. Se cuenta de la genial actriz Josefina Gallmeyer, que dijo cierta vez a un compañero de mesa que durante más de media hora había permanecido mudo a su lado: "Hablemos ya de otra cosa". Se podría comparar la situación analítica, a esta altura, con la que dio motivo a esta chistosa ocurrencia. De buen grado quisiera hablar el paciente de otra cosa, si algo se le ocurriera. Incluso desearía callar sobre algo, si le fuera posible. Una paciente que en el transcurso de la segunda sesión había estado callada durante unos diez minutos, exclamó de pronto, aunque más bien para sí misma: "¡No hablemos más de eso!" De este modo delató ella misma haber estado pensando algo en una forma tal como si lo hubiera expresado en alta voz y ahora estaba obligada, de buen o mal grado, a decir lo que se le había ocurrido. Ahora ya no son solamente el propio pensamiento ocurrido y las resistencias del mismo paciente los factores que se oponen a que aquél sea expresado; en el juego de fuerzas psíquicas influye también, en este momento, el silencio del analista. Es este silencio el que parece oponerse a la charla fácil, el que hace enmudecer las observaciones sobre lo hermoso del tiempo, sobre la biblioteca o el reloj del gabinete. El paciente se hace cargo, gracias a este silencio, de que la situación analítica no se acomoda bien a esa clase de conversación que los ingleses designan, tan característicamente, con el nombre

de *small talk*. Aquí se evidencia, por segunda vez, el poder activo del silencio. Hay en éste una fuerza propulsora que impulsa al paciente hacia adelante, que lo obliga a profundizar más de lo que se había propuesto desde un comienzo. Es un hecho asombroso y apenas observado, que la palabra propia, la que pronunciamos, es psíquicamente valorada de una manera distinta a aquella que pensamos por medio de representaciones verbales.

La palabra pronunciada tiene un efecto reactivo. El paciente se asombra con frecuencia de lo que él mismo dice y a menudo dice cosas que aún no había osado confesarse a sí mismo. El silencio del analista refuerza este poder reactivo de la palabra, le sirve de caja de resonancia. El callar tiene, de este modo, un poder mayor del que podrían tener las palabras. La diferencia entre el primitivo silencio del analista y el que ahora le es impuesto al paciente, es fácil de reconocer.

Es apenas en este momento que el enfermo se entera de que el analista está callado. Esperamos que esta expresión no dará lugar a un mal entendido: el paciente, naturalmente, ya lo había notado antes, pero sólo ahora toma conocimiento de ello, le atribuye conscientemente una significación. En otras palabras, toma conocimiento del silencio del analista como una expresión anímica cuando en él mismo surge la primera resistencia seria.

La significación que toma el silencio del analista en la opinión del paciente, se evidencia con toda claridad como el resultado de una proyección que refleja la situación psíquica del analizado. Este silencio ya no es más para él el callar tranquilo del

oyente; ahora significa haber enmudecido. Dicho de otro modo, si por la impresión producida significaba primeramente la voluntad de escuchar, ahora expresa la voluntad de no hablar. Y así como el silencio del analista en la primera fase era aceptado como cosa natural, el de la segunda tiene un efecto intranquilizador. El acento psíquico aparece desplazado: ahora significa el mutismo de un hombre a quien le ha sido dado el habla y que a pesar de lo que se espera escuchar de él, no habla [3]. Si el hablar del paciente significaba primeramente un mayor o menor asentimiento a la situación, ahora debe tener también, en su sentido inconsciente, el significado adicional de una solicitación.

Porque el silencio del analista parece decir: "Si quieres que yo hable debes imponerte a ti mismo y seguir las reglas del análisis también aquí, donde te resulta difícil, donde se trata de decir cosas casi imposibles de expresar". El enfermo, que está asombrado de ver que la confianza demostrada por medio de sus relatos, de las quejas sobre sus sufrimientos, no mueven al analista a ninguna demostración de simpatía, a ningún signo de participación, experimenta un ligero sentimiento de impaciencia contra el médico. Esta impaciencia lo im-

3 Se me permitirá que, a título de ilustración, trate de aclarar las dos clases de silencio con uno de esos chistes judíos de tanta penetración psicológica: "Mauricio se traba en una discusión con un extraño, en presencia de su compañero. Mientras la violencia del altercado va en aumento, el amigo de Mauricio enmudece y no da ninguna señal de participación. —¿Y tú te quedas ahí tan callado? —le increpa Mauricio, indignado. A lo que contesta el amigo: —¿Acaso estoy callado? Solamente que no digo nada". Efectivamente, existe una diferencia entre no decir nada y callar.

pulsa hacia adelante, le obliga a hablar más de sus padecimientos, de su historia, de sus síntomas y originalidades, se le ocurren nuevos recuerdos. Pero el analista sigue callado y la impaciencia y el enojo del paciente van en aumento. Sabe ciertamente que se espera de él que sea sincero. Pero ¿acaso no ha sido sincero, no lo ha dicho todo? Si el silencio se mantiene, el paciente se acordará de que ha olvidado algo, que algunos detalles han sido relatados en forma desfigurada o incompleta; corrige y completa su relato. Los límites de la censura se desplazan: en vista del silencio obstinado del analista, dice ahora cosas preconscientemente retenidas y se anima a relatar lo que hasta ahora consideraba como chocante o inmoral. Pero el silencio continúa y obra ahora con el significado de un rechazo, dado que no quiere ceder frente a tantas confesiones.

El silencio así prolongado del analista puede conducir a un fuerte incremento de la irritación del paciente. El silencio se transforma en el indicio de una inminencia o ya ocurrida pérdida de amor y produce un efecto que sólo podemos interpretar como temor a la castración o angustia de la conciencia. Más correcto sería decir que hay en el paciente un oscuro temor que le hace interpretar de ese modo este silencio.

El callar del médico adquiere inconscientemente el carácter de castigo. En determinadas situaciones, si esta impresión se intensifica, puede llegar a tener el mismo efecto que podría producir un apremiante interrogatorio, una oscura amenaza o una siniestra acusación. Parece como si por intermedio del silencio se hubiera apelado al mudo sentimiento de culpa del paciente, y en una forma tal que su

efecto es mayor y más inmediato que el de cualquier lenguaje humano. Comprendemos qué es lo que conduce a engendrar tales sentimientos. La irritación del enfermo se ha intensificado con el recuerdo de frustraciones anteriores; sus sentimientos de rebelión e indignación por la falta de sensibilidad de parte del analista se han acrecentado hasta convertirse en un impulso de poderosa hostilidad. El desarrollo inconsciente de estas tendencias agresivas y de resentimiento, entre tanto, ha desembocado en deseos de muerte contra el mudo interlocutor. La situación analítica, que flota entre la realidad material y la psíquica, favorece aquí, en algunas ocasiones, la aparición de una impresión que es capaz de sobreponerse a la objeción racional del yo: el pensamiento de que el analista podría estar muerto. Un paciente solía expresar esto diciendo que en tales situaciones sentía como si el analista se hallara situado en un lugar muy lejano. Porque el silencio es, para la vida psíquica inconsciente —como ha quedado establecido por el análisis de los sueños y el significado de los mitos y los cuentos de hadas— uno de los signos característicos de la muerte. También aquí está claro el efecto inconsciente del mecanismo de proyección, ya que la angustia a que nos referimos en los casos anteriormente descritos ha surgido como reacción a fuertes deseos inconscientes contra el analista. En algunos casos la impresión producida por este silencio puede llegar a ser tan fuerte que el paciente implora al analista: "Por favor, diga algo", o "Por favor, hábleme". Aquí tenemos que referirnos únicamente a la impresión que el silencio produce al paciente, y no a las reglas que en tales casos debe seguir el ana-

lista [4]. Como un ejemplo ilustrativo del efecto psíquico de este silencio voy a relatar aquí el siguiente caso: Un paciente de unos 30 años de edad y cuya vida psíquica se hallaba predominantemente dominada por fantasías masoquísticas y femeninas, vivía desde su pubertad en un amargo conflicto con el padre. Hacía dos años que faltaba de su casa y sólo de vez en cuando recibía noticias referentes al padre, frente al que mantenía una actitud llena de odio. Pertenecía a aquel tipo de inglés que se caracteriza por la tendencia a demostrar lo menos posible sus sentimientos, llevaba la *antidemonstrativeness* hasta sus últimas consecuencias. Una de las sesiones analíticas transcurrió de la siguiente manera: estuvo callado como unos seis minutos y luego dijo que había recibido uan carta de la madre. Después de un nuevo silencio continuó: la madre escribe que la arteriosclerosis del padre ha progresado mucho y que los médicos han interpertado un reciente ataque de apoplejía como indicio de que se acercaba el fin. Nuevo y prolongado silencio. Después de esto, aquella expresión a que me he referido al comienzo, de que el análisis es una *impossible situation*. Sigue luego, en palabras entrecortadas, una breve expresión, muy desfavorable, sobre el análisis. Evidentemente espera una reacción de mi parte que, por supuesto, no se produce. Pregun-

[4] Es necesario destacar que no se trata aquí de dar ninguna clase de normas técnicas, sino que vamos a describir tan sólo el efecto psíquico del silencio. Los problemas, por cierto interesantes, sobre cuáles son las situaciones y cuáles los tipos neuróticos frente a los cuales la conducta silenciosa del analista debe ser contraindicada y en qué casos es aconsejable, rebasan el marco de esta exposición.

ta "¿ocurre con frecuencia que sus pacientes no pueden decir nada?" Ninguna respuesta. Después de algunos minutos expone una reflexión acerca del libre albedrío, en el cual no cree. Sus puños están crispados. Su cabeza gira sobre la almohada. Después de una pausa más prolongada, agrega: *"I could not help being so"*. La voz suena apretada, las manos se aflojan; ahora tironean repetidas veces del cuello, vuelven a descansar, cubren la frente y luego los ojos. La respiración se acelera. Nuevo silencio prolongado. De pronto se tira hacia un costado, en forma que yo no pueda ver su rostro, y rompe en desconcertados sollozos. Hacia el final de la sesión se tranquiliza, y dice con asombro: —*"I don't know what the hell I cried about"*. De mi parte ni una sola palabra era necesaria ni deseable. Sólo conduciría a reprimir la reacción largamente presentida del paciente, referente a la relación con su padre. Sólo unas pocas frases habían surgido en esta sesión, que significó, sin embargo, uno de los momentos críticos de este análisis.

Las reacciones de los pacientes al silencio continuado del analista son de distinto tipo, destacaremos aquí las dos formas más importantes. El caso más corriente es aquel en que el paciente se rebela contra la supuesta insensibilidad del analista, manifestada en su silencio, y adopta contra él, o contra el análisis, una actitud agresiva. Muy pocas veces, a esta altura, admitirá el paciente que la actitud reservada del analista sea la verdadera causa de su propia hostilidad. Por lo común buscará otros motivos, y los encontrará. Esta reacción, que puede llegar hasta un verdadero estallido de ira o a la idea de abandonar el análisis, se manifestará casi

siempre en observaciones hostiles contra el analista o contra el análisis. El otro caso es aquél en que el paciente reacciona frente al oscuro sentimiento de culpa exacerbado en él por el silencio, mediante una nueva confesión de sus instintos; un sector de su vida psíquica, hasta aquí ignorado por él, surge a la superficie.

Si seguimos desde el comienzo las reacciones del analizado al silencio del analista, veremos con toda claridad que en su transcurso se refleja, en forma abreviada, una experiencia lejana de aquél. Parece como si volvieran a revivir sentimientos que desempeñaron un papel importante en sus pasadas relaciones con un objeto querido, desde el primitivo cariño hasta la amargura sufrida por un rechazo fantaseado o real. La transición de una significación del silencio a otra no es tan neta como a primera vista podría parecer. Se halla íntimamente ligada a la actitud inconsciente de ambivalencia del paciente.

Queremos destacar que de ninguna manera se trata de esbozar aquí una descripción del comienzo del análisis, comienzo que, por cierto, se desarrolla de manera diferente en cada caso individual. No nos referimos tampoco a aquellos casos que ya desde un principio se distinguen por una forma peculiar de reacción, como por ejemplo, aquellos en que al silencio del analista opone el paciente su propio silencio. Ni es el caso de dilucidar aquí los problemas técnicos que se refieren al comportamiento del analista frente a las variadas reacciones de los pacientes. Lo que nos proponemos es indagar algo del sentido latente del silencio, considerado en general. Los problemas técnicos no constituyen el cen-

tro de nuestro interés; queremos utilizar la aclaración que acerca de esta cuestión nos proporciona la técnica del psicoanálisis como quien utiliza una escalera que nos conduce a una determinada profundidad, y que, una vez lograda ésta, se puede dejar de lado.

III

Se podría creer que el callar puede significar nada más que eso: callar, estar mudo y nada más. Pero las comprobaciones del análisis contradicen de la manera más decidida esta simplificación. Esas comprobaciones parecen querer enseñarnos que hay distintas maneras de callar. Hasta se podría hablar de grados de intensidad del silencio y establecer matices, si nos atreviéramos a fijar, en nuestro torpe y obtuso lenguaje conceptual, fenómenos tan difíciles de captar en su sentido psicológico. Aún con sus menguados recursos de expresión, el lenguaje humano —que en lo esencial no se ha alejado aún gran cosa del de los gorilas— ha intentado distinguir diferentes clases de silencio. Hablamos así de un silencio glacial, pesado, opresivo y tranquilizador, altanero y sumiso, de reprobación y de aprobación, condenatorio y absolvente. De esta enumeración de adjetivos —que no tiene ninguna pretensión de ser completa— resalta un rasgo sorprendente: los significados opuestos que parece reunir en sí el concepto de silencio. No dejará de sorprendernos, por ejemplo, que el silencio pueda ser interpretado tanto como signo de aprobación como de reprobación. Es algo así como si fuera capaz de incluir ambos sentidos, o por así decirlo, de aparecer tanto con signo

positivo como negativo. Compárese, por ejemplo, el contenido del proverbio latino *qui tacet consentire videtur* con la repulsa silenciosa que una dama opone al comportamiento impertinente de un caballero. En la vida, sin embargo, el significado contradictorio del silencio casi nunca nos induce a engaño[5]. Sabemos siempre, a pesar de su doble sentido, el significado que el otro da a su silencio, lo que con él "quiere decir".

Encontramos esta cara de Janos del silencio ya en la psicología. Pero por muchos significados distintos que el silencio del analista pueda llegar a tener, en lo esencial son dos los sentidos que revela, absolutamente opuestos entre sí. Es interpretado como signo de serena simpatía o bien como expresión de intensa hostilidad. No de otro modo sucede en la vida: podemos callar con alguien, tanto si nos entendemos muy bien con él como en el caso en que toda comprensión mutua resulta imposible. El poder callar con alguien tanto puede ser prueba de una amplia armonía psíquica como de la más completa disparidad. Este doble sentido quiere advertirnos, al parecer, que el silencio, en general, es algo que no puede ser considerado independientemente de su contraste, el hablar[6]. En realidad, nos

[5] Compárese, empero: "¡Rompa este enigmático silencio!". SCHILLER: *Don Carlos*, I, 1.

[6] Puede hacerse notar aquí que la locuacidad y el mutismo se destacan también como rasgos caracterológicos de ciertos tipos femeninos. En el artículo de Freud *El tema de los tres cofres* (*Obras completas*, tomo XVIII, pág. 77) esto aparece tan sólo como insinuado. El hombre siente la atracción que encierra la charla de la mujer, tanto como el encanto de su mutismo de chiquilla (Fontane, Irrungen, Wirrungen). Tanto la exagerada locuacidad de la mujer como su herme-

hemos estado ocupando del silencio aquí, como si se tratara de un medio de expresión como lo es la palabra, aun cuando constituye precisamente lo contrario. Pero, ¿es acaso el lenguaje tan preciso? Cuando una persona habla, ¿siempre dice algo? ¿No sirve el lenguaje tanto al propósito de ocultar el pensamiento como al objetivo opuesto, el de expresarlo? El análisis nos hace conocer muchos pacientes cuya charla interminable tiene precisamente el sentido de omitir las cosas más importantes. Su conversación se parece a esas redes que a través de sus gruesas mallas dejan escapar precisamente lo más valioso. Siendo esto así, ya no tendrá que extrañarnos que al silencio, por su parte, le sea dado asumir las funciones de la expresión. Somos conducidos de este modo a reconocer una peculiar relación antinómica entre hablar y callar. El lenguaje expresa esto de múltiples maneras: existe un parloteo que nada dice, como hay un silencio que expresa mucho. Conocemos por las investigaciones de Karl Abels muchos conceptos que tienen esta significación doble y antitética y Freud nos ha mostrado, por otra parte, que esa propiedad de antiguos idiomas de crear voces con sentido antitético corren parejas con el procedimiento que caracteriza al sueño y otras manifestaciones de lo inconsciente, de fundir los contrastes en una unidad. Ciertas formas ver-

---

tismo, son frecuente motivo de queja. El Rey Lear expulsa a Cordelia, que "ama y calla", mientras que Coriolano, de regreso a su hogar, no conoce otra expresión más cariñosa para su mujer que *My gracious silence* (II, 1.). Está claro que lo que originariamente significa el hablar, en este aspecto, es hablar libremente sobre sentimientos amorosos.

bales en que una simple variación fonética basta para diferenciar los dos sentidos antitéticos, como *clamare* (gritar) y *clam* (secreto) o *Stimme* (voz) y *stumm* (mudo), señalan en una dirección que nos demuestra que originariamente el contraste entre hablar y callar no fue de ningún modo tan neto como ahora nos parece. El valor problemático del concepto de callar parece profundizarse; creemos reconocer que el callar no es algo negativo, sino positivo. No existe, en realidad, un silencio absoluto; sólo hay un silenciamiento de aquellos sonidos que nuestro sentido auditivo puede percibir. No existe un callar inconsciente ni tampoco una negación inconsciente. El niño pequeño no conoce en realidad el callarse; tampoco se conoce en los cuentos de hadas; habla la mesa y también los espejos, las plantas y la misma naturaleza inorgánica.

El hablar y el callar son opuestos, por cierto, pero no constituyen un contraste absoluto; un puente conduce del uno al otro, y no se pueden discutir los aspectos del uno sin compararlo con el otro. De modo que no sólo encontramos un doble sentido antitético en las más antiguas raíces verbales, sino que los conceptos mismos de hablar y callar son conceptos gemelos, puesto que originariamente sólo podían ser pensados conjuntamente. Esta antítesis, en la que reconocemos la expresión de la originaria ambivalencia instintiva, acompaña el lenguaje ya desde su misma cuna. Tanto conoció su imperio el lenguaje en conjunto, como los elementos que lo componen.

Hemos visto que el hablar mismo está lejos de ser bastante preciso. No sólo es insuficiente para toda clase de comunicaciones, como ya lo demuestra el auxilio que requiere de nuestro lenguaje de gestos

y de mímica, sino que ni siquiera basta para la expresión de nuestros sentimientos y pensamientos[7].

La parcial desviación de su primitiva función, que ha experimentado el lenguaje, se reconoce en el hecho de que los hombres, a menudo, hablan sólo porque no pueden soportar el silencio. Esa conversación precipitada que es el "hablar a todo precio" demuestra que el callar tiene algo de funesto que se intenta rehuir. Hay un temor al silencio, del mismo modo que hay un temor al hablar. Es dado ver en reuniones ciertos intervalos en la conversación que son tan penosos que se recurre a decir las cosas más triviales e insignificantes con el solo propósito de huir del silencio. Una observación bien aguda nos revelará que es acerca de las mismas cuestiones humanas que resulta difícil el hablar y el callar. Es así que nuestro oído aún descubre en el silencio las resonancias de aquellas cosas inexpresadas que presiden, en lo más profundo, las relaciones humanas.

Nuestro punto de partida no ha sido la significación básica del hablar o del callar; hemos partido de aquellos fenómenos que se evidencian como formaciones mixtas, es decir, que revelan el doble sentido de ambos. La experiencia analítica demuestra que lo que se halla detrás del miedo al silencio es la angustia inconsciente de la pérdida de amor. Sa-

7 El mismo Guillermo Wundt no desdeñó dar esta contestación a la pregunta de por qué los animales no saben hablar: "Porque no tienen nada que decir". (*Vorlesungen über die Menschen-und Tierseele: Conferencias sobre el alma del hombre y de los animales.* 4ª edic., 1906. D. 437.) Concedamos que con esto quede resuelto el problema de la inexistencia del lenguaje entre los animales. Pero entonces surge este otro: ¿por qué saben hablar casi todos los hombres?

bemos que las tendencias destructivas, las que conocemos como instintos de muerte, han hallado su expresión en el silencio, los instintos eróticos, en el hablar. A pesar de todas las formaciones mixtas, queda en pie el hecho de que el hablar tiene un poder de unificación, el callar una fuerza de escisión[8]. Hablar con alguien significa, en lo más profundo, una prueba de amor; callar con alguien, una expresión de antipatía.[9] ¿No decimos acaso, cuando estamos muy disgustados con alguien, que "no queremos hablar más con él"? La expresión alemana *Totschweigen* (matar por medio del silencio) constituye, en realidad, un pleonasmo. Cuando en una reunión social se produce uno de esos intervalos un tanto largos, tan molestos, decimos eufemísticamente: un ángel pasa por la pieza. Es el ángel más bondadoso de Dios. El miedo al silencio es, en lo más profundo, el temor a la muerte (a la castración). Si

[8] Un proverbio vienés dice: "Hablando se reúne la gente".

[9] En la discusión realizada sobre esta conferencia, el doctor Eduardo Hitschmann, que la hizo objeto de una severa crítica, objetó las consideraciones antes expuestas, alegando que la palabra misma sirve con frecuencia para expresar la enemistad y el odio. No podemos menos que recibir con agrado esta confirmación, aunque involuntaria, que viene a reforzar nuestra afirmación del doble sentido del hablar y el callar, y subraya su valor antitético. Por otra parte, no afecta en nada a lo expresado más arriba, que se refiere sólo a la significación básica del hablar y el callar. No se requiere mucha penetración analítica para resolver esta supuesta contradicción: el hablar es ya el comienzo de la dominación afectiva de instintos. Precisamente los efectos del psicoanálisis demuestran que toda expresión y toda exteriorización verbal del odio y la enemistad representan el primer paso hacia su eliminación psíquica.

se nos aparecen, pues, el hablar y el callar como los instrumentos lingüísticos de expresión de los instintos de vida y de muerte, comprenderemos fácilmente que el callar es anterior al hablar, que éste procede de aquél, como la vida surge de la muerte. Al principio fue la Palabra, pero antes fue el gran Silencio[10]. Si todos somos aquí nada más que "muertos con licencia", todo lenguaje será tan sólo una fugaz interrupción del silencio eterno.

IV

En el Océano Pacífico, cerca de los Race-Rocks, en la región de las islas Vancouver, hay un extraño paraje al que se ha dado el nombre de "Zona del silencio". Muchos son los navegantes que se han estrellado aquí contra las rocas y yacen en el fondo del mar. Ninguna sirena es bastante fuerte para advertir a los navegantes: ésa es la causa de tan frecuentes catástrofes. Los capitanes que han atravesado el Estrecho de Juan de Fuca informan que no pudieron oír las potentes sirenas del faro de Race-Rocks. Los peritos han comprobado que las relaciones de flujo y reflujo de las mareas, además de ciertas direcciones del viento, crean de vez en cuando una "zona de silencio" cerca de las Race-Rocks, en la que no es dado percibir ni el más leve ruido de afuera. Un barco que se encuentra en esta zona, que abarca muchos kilómetros de extensión, se halla completamente aislado de los ruidos del mundo ex-

10 "Speech is of time, silence is of eternity" (CARLYLE, *On Heroes*, Lect. IV).

terior. Creemos que en la vida anímica lo inconsciente reprimido constituye también una "zona de silencio". En la neurosis esta zona se ha ampliado y profundizado. Este silencio a que aquí nos referimos no es simplemente mutismo, más bien se halla grávido de palabras no pronunciadas. Es la expresión correlativa de la represión y muestra todos los rasgos propios de las transacciones entre fuga y condenación que caracterizan a la represión. El psicoanálisis representa la primera irrupción en esta zona de silencio en el individuo.

Aquí es el momento de recordar una teoría psicoanalítica que se planteó el propósito de aclarar una tendencia hasta ahora no valorada de la vida psíquica, la teoría de la "obsesión de confesar" [11]. Esta tendencia inconsciente, que bajo la presión de determinados factores culturales, se ha desarrollado partiendo del impulso de exteriorización de las tendencias instintivas inconscientes, muestra todos los rasgos de su origen y de las instancias psíquicas que influyeron en su conformación. Como algo intermedio entre callar y decir, sirve, sin embargo, a un impulso psíquico que tiende a comunicar los procesos inconscientes. Nuestras consideraciones sobre el significado latente del silencio, como indicio de la eficacia de los instintos de muerte, y sobre el hablar, como un intento de superar a aquéllos con la ayuda de los instintos eróticos, agregan ahora, a los fundamentos psicológicos de la obsesión de confesar, una más amplia base biológica.

11 REIK: *Geständniszwang und Strabedürfnis (Obsesión de confesar y necesidad de castigo)*, 1926. (Internationale Psychoanalytische Bibliothek, Nº XVII.)

Beethoven observó cierta vez: "Lo más importante de la música no reside en las notas". Tampoco en el análisis es lo hablado, como tal, lo más importante. Más esencial nos parece saber conocer lo que calla el hablar y lo que dice el silencio.

Traducido del alemán por MARIO CARLISKY.

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 20 DE MARZO DE 1965, EN MACAGNO, LANDA Y Cía., ARAOZ 164, BUENOS AIRES, ARGENTINA